

REVISTA EUROPEA.

NÚM. 227

30 DE JUNIO DE 1878.

AÑO V.

LAS FORMAS TRANSITORIAS DE LAS ESPECIES.

(Conclusion.) *

«La época de las fosforitas, dice M. H. Filhol, ha visto realizarse grandes cambios en las formas animales, y entonces fué cuando se acusaron tipos que se encuentran casi los mismos hoy. Bajo la influencia de circunstancias naturales que es imposible precisar, pero cuyas huellas descubrimos, la especie se ha modificado de mil maneras, dando origen á razas que se han fijado, estableciendo así otras tantas especies secundarias.»

«Es evidente que las investigaciones paleontológicas, que se han multiplicado mucho en nuestra época, nos han revelado la existencia de tipos desaparecidos que poseían caracteres hoy dispersos entre grupos diferentes; pero no creemos que sea posible todavía formular una opinion indiscutible sobre su descendencia. Es necesario reunir más materiales que los acopiados hasta ahora; es preciso coleccionar un número mucho mayor de observaciones; y solo cuando hayamos registrado las diversas capas de nuestro globo para encontrar en ellas los caracteres de los seres pasados, será posible formular, no una teoría, sino una opinion basada en hechos indiscutibles.»

En nuestros dias, cualesquiera que sean las probabilidades que ciertos descubrimientos pueden dejar entrever, conviene guardarse de un posible error; no debemos disipar lo desconocido, y para hacer verdadera ciencia, debemos permanecer siempre dentro de los límites de los hechos observados.»

No podemos menos de aplaudir la prudencia de este lenguaje, prudencia tanto más notable cuanto que es muy rara en los sábios jóvenes, inclinados como se hallan de ordinario á dejarse seducir por las teorías más ó menos aven-

turadas y á afiliarse bajo sus banderas con un fogoso entusiasmo, seguido casi siempre de enervantes decepciones.

El estudio de los pájaros fósiles ha conducido á Milne-Edwards y á Grandinier á resultados análogos á los que ha producido el estudio de los mamíferos extinguidos. Los citados naturalistas han reconocido «lazos de parentesco» que unen á los *Epyornis* de Madagascar con los *Dinornis*, los *Palapteryx* y los *Apyornis* de Nueva-Zelanda. En los terrenos terciarios medios del departamento del Allier, ha encontrado Milne-Edwards papagayos, curucus, que habitaban los bosques de las inmediaciones de Saint Gerand-le-Puy, «golondrinas marítimas que construían, en las sinuosidades de las rocas, nidos probablemente semejantes á los que se encuentran hoy en ciertas partes del Asia y del archipiélago indio Un. Grandes marabus, grullas, flamantes y los *palaeolodus*, pájaros de raras formas, que participan á la vez de los flamantes y de las zancudas ordinarias; ibis, pelícanos, y numerosos gallináceos acaban de dar á dicha poblacion ornitológica una fisonomía de la que es imposible no admirarse, y que recuerda los cuadros que Livingstone nos ha trazado de ciertos lagos del Africa austral. Y por último, en Sansan se han hallado faisanes, bengalis y senegalis muy parecidos á sus congéneres africanos ó asiáticos.

Los animales invertebrados han suministrado casos completamente semejantes á los que más arriba quedan indicados.

En los equinidos fósiles, las transiciones de un grupo á otro son de tal naturaleza, que han permitido á M. Desor decir, hablando de estos radiarios: «Tal es el enlace de todos los grupos entre sí, que no hay ninguno cuyos límites no sean más ó menos indecisos. Creemos que, cuando se trata de un grupo muy particular que no se aproxima á otro, es porque falta que descubrir, bien sea en la creacion actual, bien en las creaciones anteriores, un tipo intermediario que ha de venir un dia á llenar ese vacío.»

Zittel, Neumayer y muchos otros han hecho

(*) Véase el núm. anterior, pág. 773.

las mismas observaciones, y han obtenido iguales resultados en lo que concierne al grupo tan numeroso de los amonitas.

Hilgendorf ha señalado en el calcáreo de agua dulce de Steinheim (Wurtemberg), un molusco gasteropodo, (el *Planorbis multiformis*), cuya forma varía, en efecto, hasta tal punto, que se han formado de él veinte especies distribuidas en cuatro grupos distintos. Pero estas pretendidas especies están unidas entre sí por formas intermedias que parecen ser otros tantos indicios de su evolución gradual, y que permiten remontar al origen del desarrollo de las más antiguas.

Si consultamos ahora los sábios trabajos de Sdümper, sobre la paleontología vegetal, ó bien los de Oswald Heer; si compulsamos los preciosos documentos que la vegetación eocena de los alrededores de Aix ó de Manosque ha suministrado á M. Gaston de Saporta, encontraremos también numerosos ejemplos de esas transiciones que inducen á los ménos aventurados y ménos sistemáticos á suponer lazos de parentesco, frecuentemente íntimos, entre nuestros vegetales actuales y sus homólogos de los tiempos geológicos.

En efecto, Gaston de Saporta ha encontrado, en los terrenos terciarios de la Provenza, la *Sequoia Tournalii*, que ofrece las mayores analogías con la *Sequoia Sempervirens* actual de la California, y que es en casi todo idéntica á la *S. Langsdorfii* (Oswald Heer) de los terrenos miocenos de la selva de Atanekerd-luk.

Las magnolias de este mismo bosque son similares y parecen ser los ascendientes de las magnolias de nuestros días. El *Gliptostrobus heterophyllus* de la China septentrional y del Japon parecia provenir del *Europmus* (O. Heer), hallado en Suiza y en el valle de Arno. El *Laurus Furstembergii* parece ser el predecesor de nuestro *Laurus nobilis*; el *Quercus Palæococcifera*, el del *Q. coccifera*; del *Cercis amella* parece provenir nuestro *Cercis silignastrum*.

Los pistachos sentiscos y terebintes han conservado, sin alteración, los caracteres que ofrecían los de Rouzon (Alto Loire) en el terreno oligoceno (intermediario) entre el eoceno y el mioceno.

Las datileras del Trocadero, dadas á conocer por los trabajos ejecutados con motivo de la Ex-

posición universal, se asemejaban á nuestras datileras africanas.

El *Nerium parisiense* es el homólogo del *N. oleander*, ó laurel-rosa, cultivado hoy entre nosotros como planta de adorno.

Los robles fósiles de Aix se parecen á los de la Lonisiana.

Las encinas de Eningen recuerdan las de Méjico. Se encuentra en esta misma localidad un tulipífero, un liquidambar, un plátano y hasta una vid, que difieren muy poco de sus homólogos actuales.

El *Jagus pristina* (Saporta) de Manosque, es el prototipo de las hayas, y especialmente del *Jagus ferruginea* de América.

Los alcanforeros, los caneleros, los *Salisburia* terciarios, se distinguen apenas de los que hoy se crían en el Japon.

Los sauces, los cananeros, las palmeras de abanico (*flabellaria*,) son casi idénticos á los del Africa equinoccial.

El género álamo ó chopo, tan rico en especies, nos ofrece una *populus mutabilis* de Eningen, que revive casi sin alteración en el *populus euphratica*, el cual crecía ya en las orillas del Eufrates y del Jordan (*super flumina Babylonis*) cuando los hebreos antiguos colgaban en ellos sus plañideras liras:

En fin, Mr. Rames, de la sociedad geológica de Francia, ha encontrado en la flora pliocena del Cantal, numerosas especies idénticas á las especies actuales del Japon.

«Luego la presencia, deduce lógicamente M. G. de Saporta, tan frecuentemente invocada á título de argumento decisivo, de plantas fósiles casi semejantes á las nuestras, y relacionadas al mismo tiempo con formas extinguidas incontestablemente terciarias, se halla constituida desde ahora.»

Nosotros podríamos fácilmente multiplicar estos ejemplos. Pero por reducido que sea el número de los que acabamos de citar casi al azar, ¿no basta, aun á los ojos de los más prevenidos contra la teoría de la filiación, para presentar, al ménos como muy probables, los lazos de parentesco que parecen unir á las especies actuales con ciertas especies homólogas de las épocas geológicas? Schimper, Vuger, Oswald Heer, Alfonso de Candolle, Martins, Naudin, G. de Saporta, etc., se declaran abiertamente en favores

de esta probabilidad, que, para ellos, equivale casi á una certidumbre.

Segun todos los casos que acabamos de exponer, ¿sería, pues, desatinado admitir, por ejemplo, que nuestro *Ursus arctos*, nuestro *Elephas indicus* han tenido por ascendientes el *Ursus spelæns* y el *Elephas primigenius*; que el *Anchitherium (eoceno superior)* ha dado origen al *Hipparion (uniceno medio)* y éste á nuestros caballos (mioceno superior y plioceno)?

Pero, ¿dónde están los troncos originarios que establecerán el parentesco entre los mamíferos terciarios y los de los terrenos cretáceos, que deben haberle precedido y que hasta ahora no han acudido al llamamiento?

¿Dónde están, sobre todo, los verdaderos intermediarios entre el hombre y el mono, y cuya existencia, admitida como un hecho necesario por los adeptos del trasformismo absoluto, es hasta hoy más que problemática?

¿Sería el *Dryopithecus* de Eduardo Lartet el que pretendiese el honor de ser el ascendiente primitivo de la raza á que pertenecemos? Lo que hay en esto de cierto es que, á juzgar por sus vestigios huesosos, se parecía más al hombre que todos los antropoides actuales. Y sin embargo, Carlos Vogt, que por cierto no es sospechoso de parcialidad en favor del hombre, declara formalmente que no se ofrece á nuestros ojos en el *Dryopithecus* una de las guías históricas del desarrollo humano, y el mismo Darwin confiesa que entre la forma inferior de que el hombre desciende y la forma actual, no se ha descubierto hasta ahora un solo intermediario aceptable para todos (1). Es verdad que desde el día en que escribía estas líneas, su opinion sobre tan importante punto se ha modificado ámpliamente.

Aun queda una dificultad entre tantas otras, ó por lo ménos una objecion seria que dirige al trasformismo un filólogo de grande erudicion, que es al mismo tiempo un filósofo de mucho sentido (Max-Muller). «Desde el momento, dice, en que se quiere establecer una série continua de la mónada al mono y del mono al hombre, desde el momento que se pretende explicar los términos extremos de la série por intermediarios siempre diversos entre sí, pero mucho ménos diversos que los extremos, se corre el peligro de no poder fijar el punto preciso en que acaba el

mono y empieza el hombre, puesto que, por confesion de los mismos trasformistas, la gradacion es insensible. Esto, añade Max-Muller, es incurrir en un sofisma parecido al que cometen los teólogos ortodoxos de la India para probar la realidad de la revelacion divina al hombre, revelacion que sus adversarios consideran imposible, en razon al intervalo inmenso, al infranqueable abismo que separa á la criatura de su creador.

La crítica dirigida por Max-Muller contra los adeptos del trasformismo (1), es justa hasta cierto punto; pero de que con frecuencia sea muy difícil indicar el punto preciso en que concluye una especie y el en que otra empieza, no se sigue en manera alguna que la segunda no pueda derivar de la primera por vía de filiacion. Por otra parte, el reproche que hace Max-Muller á la doctrina trasformista, ¿no puede dirigirse con igual razon á todos los sistemas taxonómicos? Cítese entre ellos, bien sea en botánica, bien en zoología, el en que los límites de las especies se hallen siempre exactamente de terminadas, y en el que las formas intermedias no sean alguna vez tomadas por verdaderos tipos específicos. Esta misma indecision y los numerosos errores que lleva consigo, ¿no hablan en favor de la existencia, en todos los tiempos, de esas especies medianeras que hacen la desesperacion de los naturalistas clasificadores, y en las que el naturalista filósofo apercibe formas en vía de evolucion gradual, y por consiguiente otros tantos argumentos en favor del sistema de la filiacion?

Si por falta de un considerable número de pruebas verdaderamente decisivas, se rehusa admitir, aún á beneficio de inventario, la idea de una filiacion posible entre las especies vivientes y las especies homólogas de los tiempos geológicos, habrá que recurrir, como medio de explicacion, á la hipótesis tan poco científica y tan poco religiosa de las *creaciones sucesivas*. Sobre este delicado punto óigase á los teólogos, filósofos y sábios de nuestros días. Todos, ó por lo menos el mayor número de ellos, están conformes en rechazar este sistema por demasiado cómodo y demasiado ilógico para ser verdadero.

De cualquier modo, los hechos que dejamos

(1) Origen de las especies, pág. 38.

(1) *Lectures on M. Darwin's philosophy of language*, Lóndres, 1873.

expuestos prueban que la ciencia de nuestros días se ha dedicado con ardor á la investigacion de las formas intermediarias negadas por Cuvier, y que ya ha encontrado un buen número de ellas.

¿Qué significan estas formas? ¿Indican simplemente que la naturaleza obedece, al darles origen, á esa ley de continuidad que proclamaba Leibnitz y que Lineo formulaba en el célebre aforismo que ha llegado á ser vulgar á fuerza de repetirse, de "*Natura non facit saltum* (1)." En otros términos, ¿se debe pensar, con el eminente fisiólogo cuya pérdida llora en estos momentos el mundo científico, con el ilustre Claudio Bernard, que esas mismas formas se hallaban virtualmente comprendidas en las leyes organogénicas y que se han realizado cuando llegó el instante fijado para su aparicion? O bien, por último, ¿se han producido bajo la triple y poderosa influencia de la seleccion natural, de la sucesion y de los medios circustantes?

Esta última alternativa nos parece la más verosímil; no nos creemos todavía autorizados á decir la más verdadera.

N. Joly.

LA INSTRUCCION DE SORDO-MUDOS *

X

MÉTODO Y PROCEDIMIENTOS PARA ENSEÑAR LA LECTURA LABIAL.

Creemos haber probado suficientemente en nuestro artículo anterior el escaso fundamento con que Bonet afirmára que la lectura labial no podia estar sujeta á las reglas del arte, por cuya razon y porque los adelantos que en ella pudieran hacer los sordo-mudos se deberian exclusivamente á sus esfuerzos individuales, ni cabia ni en su concepto era necesario enseñársela.

Réstanos investigar en el presente si, enseñándola, será posible que aquellos desgraciados lleguen, mediante la observacion visual de los

(1) Leibnitz habia dicho antes: *Natura nihil agit saltatim.*

* Véanse los números 222, 223, 224, 225 y 226.

movimientos del organismo del que les hable, á entender todo cuanto les diga, hecho lo cual nos ocuparemos del orden, método, procedimientos y ejercicios más convenientes para que obtengan de ella la necesaria utilidad.

Ante todo conviene distinguir si los sordo-mudos entienden lo que se les dice por el movimiento de los órganos encargados de producir y de modular y modificar el sonido, ó si sólo necesitan fijar su atencion en los de los lábios, porque como oportunamente dice Bonet, no todos los del organismo se prestan á la observacion visual en razon á que muchos de esos movimientos se verifican á boca cerrada ó casi cerrada y por órganos como la lengua, el paladar, la faringe y la laringe, que dificilmente pueden ser examinados en el momento de articular. Existen, pues, algunos que podrian verse exagerando la abertura bucal con violencia é incomodidad para quien los hace, produciéndose á la vez gesticulaciones ridículas que; á toda costa conviene evitar; pero en cambio hay otros muchos que ni aún así pueden ser observados, acerca de los cuales expusimos la necesidad de acudir al sentido del tacto para apreciarlos y distinguirlos bajo el punto de vista de la pronunciacion:

En sentir del Dr. Hernandez, si se hablase á los sordo-mudos despues de haberles enseñado á pronunciar, pero antes de que tuviesen instruccion en el mecanismo del idioma y supiesen usar de las palabras segun su valor y propia significacion tendrian necesidad de ver menudamente la actitud y movimiento de todas las partes que modulan el sonido para repetir ó escribir lo que se les dijere mientras que los que además de conocer los movimientos que el organismo ejecuta en el acto de la pronunciacion, tengan alguna instruccion lingüístico gramatical y posean otros conocimientos, no sólo entenderán lo que se les diga mediante la observacion de los movimientos regulares del expresado organismo, sino que suplirán de inteligencia propia lo que su vista no alcance á distinguir, porque ya deben saber hablar y pronunciar con la maestría peculiar de tanto ejercicio, y porque no es necesario que distinguan menudamente todas las palabras, pues como dice Hervás, á quien sabe un idioma, aunque de diez palabras que se le digan oiga ó entienda solamente seis, estas sue-

len bastarle para que infiera lo que se le dice en las otras cuatro que dejó de oír ó entender.

Es en efecto evidente que los sordos, acostumbrados á observar por sí mismos el movimiento de los órganos vocales de quien les habla, contestan acertadamente á discursos largos, y que así ellos como los sordo-mudos obligados de la necesidad y excitados por la curiosidad y por el deseo de saber inherente á la inteligencia humana cuando se halla bien dirigida, observan tan atenta y delicadísima los movimientos orgánicos de quien pretende decirles algo y en general de los que hablan, aunque á ellos no se dirijan, que llegan á conocer las palabras que se pronuncian, aprenden y conservan grabado en su memoria el idioma visual en virtud de la pintura que de la vária configuracion de los órganos del aparato vocal se forma en su imaginacion, y con sólo ver estos movimientos, si á ello están habituados, entienden prontamente las palabras que con ellos se forman sin pararse á reflexionar, así como los que vemos, si hemos logrado retener las ideas que el ilustre Hervás llama especies oibles y escribibles para recordarlas y repetir las despues, podremos entender las palabras que vimos ó vemos escritas sin necesidad de reflexion alguna, porque el hábito que tenemos de hablar y de leer hace que dichas especies se conserven siempre vivas en nuestra fantasía.

Por estas consideraciones y por otras no ménos fundadas y atendibles que en caso necesario expondríamos, aunque convengamos en que no debe hablarse al sordo-mudo mientras no tenga instruccion suficiente para entender cuanto se le diga, ya por los movimientos del organismo, ya supliendo de inteligencia propia lo que por la ligereza de aquellos pudiera pasar desapercibido, no podemos sin embargo conformarnos con la idea de que hasta entónces se retarde la enseñanza de la lectura labial.

En nuestro humilde sentir no es lo mismo hablar al sordo-mudo para que entienda por los movimientos del organismo cuanto se le quiera decir ó explicar, que enseñarle gradual, metódica y progresivamente á que, mediante la observacion visual de aquellos, distinga las palabras que otro pronuncie. Lo primero sería tanto como pretender que la lectura labial se utilizara desde luego como recurso de enseñanza y como medio de comunicacion, idea que rechazamos

por considerarla á todas luces prematura, inconducente y hasta perjudicial, pues el sordo-mudo que no entenderia ni podria entender cuanto se le dijera, perderia el estímulo que á toda costa debe sostenerse; pero ejecutar lo segundo, esto es, hacer que la enseñanza de la lectura labial marche paralelamente con la de la pronunciacion, obligando al sordo-mudo á que traduzca á la escritura ó al lenguaje oral las letras, sílabas y palabras que fácilmente pronuncie, viéndolas en la boca del maestro, es no sólo en alto grado conveniente y provechoso, sino completamente necesario, lógico, racional y fundado, siempre que en la enseñanza de la pronunciacion y de la lectura en voz se siga la marcha que aconsejamos en el lugar correspondiente de no obligar al sordo-mudo á que pronuncie palabras cuya significacion le sea desconocida ó que no pueda serle inmediatamente explicada.

No se crea que la enseñanza de la lectura labial es tan difícil como pudiera suponerse. Entender las palabras por los movimientos del organismo es con respecto á lo sordo-mudos, lo que para los de sentidos espeditos distinguir las por el oído ó entenderlas estando escritas.

Leer, hemos dicho en otra parte, es lo mismo que entender la significacion de las palabras, pasando la vista con rapidez extraordinaria por la multitud de letras que las representan. Esas letras ó son letras gráficas, compuestas de una ó más líneas rectas, curvas ó mixtas trazadas sobre un plano ó impresas sobre el papel, ó son letras físicas, consistentes en determinadas posiciones y acciones de los órganos del aparato vocal. Entender las palabras representadas por letras gráficas, es leer en un libro inanimado, y entender las representadas por las letras físicas que se forman por la sucesiva aparicion de movimientos en los labios de quien habla, es leer en un libro animado tanto más elocuente cuanto mayor sea la animacion que aquel pueda prestar á su fisonomía, y si para leer la palabra escrita es necesario no sólo analizar el valor de las letras sin dejar una sola, sino enlazar las unas con las otras para transmitir despues á la inteligencia la imágen de los sonidos sin intervencion del oído y hasta entender las abreviaturas, que no suelen ser en muchas ocasiones ni pocas ni tan claras que no ofrezcan alguna dificultad, operaciones todas que han de hacerse en brevísimo espacio de tiempo, no creemos que pueda

ofrecer gravísimos inconvenientes, ni presentar obstáculos insuperables el análisis y union de las letras físicas formadas por los movimientos orgánicos del que habla, mayormente si éste sabe que habla con un sordo-mudo y procura pronunciar despacio para que se marquen con la posible perfeccion, claridad y distincion esos diversos movimientos, á la manera que, cuando hablamos con extranjeros poco acostumbrados á nuestro idioma, procuramos hablar con cierta lentitud y alzando algo la voz, por la creencia de que entenderán mejor cuanto más clara y distinta sea la pronunciacion.

Probado ya que los sordo-mudos tienen capacidad para entender la palabra, unas veces mediante la observacion visual de todos los movimientos del organismo que la produce y otras fijándose exclusivamente en los regulares de los labios y de la fisonomía si al efecto son convenientemente educados y dirigidos, fáltanos demostrar que si esa instruccion no es completa en términos absolutos, puede, sin embargo, llegar á serlo tanto cuanto sea necesario para utilizarla como recurso de enseñanza en los colegios y como medio de comunicacion así en ellos como fuera de ellos.

Para que la instruccion en la lectura labial fuera enteramente completa, sería preciso conocer todas las palabras del idioma y el valor de cada una, pues sólo así podrian adivinarse ó suplirse de inteligencia propia las que se escapasen á la observacion visual. Esto supondria una instruccion completa, vasta y profunda en todos los ramos del saber; mas como semejante estado de instruccion es imposible aún para personas de sentidos espeditos por estudiosas que sean y por extraordinarias disposiciones que alcancen, puesto que ni aún es posible que lleguen á conocer una gran parte de las palabras del idioma, en vano pediríamos á los sordo-mudos lo que al talento más privilegiado no le es fácil conseguir. Hasta este punto estamos conformes con la opinion de Bonet.

Pero si el sordo-mudo nutre su inteligencia con la série de conocimientos generales y de aplicacion comun que constituyen la instruccion de que nadie debiera carecer en una nacion medianamente civilizada y si adquiere además ideas claras acerca de las profesiones, oficios y ocupaciones más usuales, pero especial y señaladamente las relacionadas con la profesion, oficio ú ocupacion á

que él pretenda dedicarse, es para nosotros perfectamente indudable que podrá alternar sin gran trabajo ni graves inconvenientes con los demás hombres en las diferentes esferas de la vida social entendiendo cuanto le digan, aunque no distinga menudamente por los movimientos del organismo todas las palabras que se pronuncien, y creemos tambien que aún antes de abandonar el recinto del colegio ó de la escuela, puede obtener de la lectura labial ventajas incontestables é importantísimas, entendiendo por su medio, si no todas, al ménos un gran parte de las explicaciones de sus maestros con notable economía de tiempo y aumento considerable de instruccion, pues es bien sabido que la escritura, con la cual ha de reemplazarse el lenguaje de accion á medida que la inteligencia del discípulo adquiere el necesario desenvolvimiento, es un medio de enseñanza excesivamente lento y pesado que, por lo mismo, se opone á la rapidez en los adelantos.

Escaso de valor es tambien, en nuestro concepto, el argumento de que ningun sordo-mudo entenderá ni podrá suplir de inteligencia propia lo que no distinga por la observacion visual cuando se le hable de cosas que no le sean completamente conocidas y hasta vulgares, porque, ó tiene alguna idea de la materia á que puedan referirse los que le hablen, ó carece completamente de ella. Si sucede lo primero, su atencion y sus conocimientos le harán adivinar y suplir lo que á su vista se escape, como sucede á los que se distraen cuando les hablan, que no por eso dejan de enterarse del objeto de la conversacion; pero si acontece lo segundo, estará al nivel de los que, aún oyendo perfectamente, nada llegan á entender por tratarse de cosas que ellos ignoran, pues ni el carpintero puede, por ejemplo, entender los términos técnicos de la medicina, ni tampoco lo necesita, y por tanto, aunque oiga las palabras, y las repita, quedará, sin embargo, tan á oscuras acerca de su valor como si no las hubiera oido.

Es ó debe de ser la lectura labial, una consecuencia, una de las más útiles é interesantes aplicaciones de la de pronunciacion, y por tanto, ha de empezar su senseñanza por hacer que el sordo-mudo aprecie y distinga unas de otras las diferentes letras físicas de que se compone el abecedario visual, ó sean las posiciones orgánicas correspondientes á la articulacion de cada

letra, dando la preferencia á las más visibles, pasando despues á las que lo sean ménos y terminando por las completamente invisibles, esto es, por las guturales y por las nasales. Aun ántes de que las aprendan todas, conviene acostumbrarlos al enlace de posiciones literales para la formación sucesiva de sílabas y palabras, siguiendo, así en esto como en todo lo demás que á la lectura labial se refiera, el orden gradual, metódico y progresivo de la pronunciación y de la lectura en voz, con la cual, así como con la escritura y con la dactilología, ha de formar amigable consorcio, pues sólo asociando y empleando simultánea y alternativamente los diferentes medios de comunicación y de enseñanza, que recíprocamente se ayudan y completan, es como podrán obtenerse variados, dulces y sazonados frutos en la educación é instrucción de los hijos predilectos de Ponce. Hágase, pues, que el discípulo escriba una letra, una sílaba, una palabra ó una frase, que pronuncie lo que haya escrito, que lo reproduzca dactilológicamente, y que lo lea en los lábios de su maestro, ó comience éste por articular y obligue despues al discípulo á que repita lo articulado, ora pronunciando, ora escribiendo, ora representándolo dactilológicamente. Los resultados así obtenidos podrán ser lentos, pero serán seguros, mayormente si, como dejamos indicado al ocuparnos de la pronunciación y de la lectura en voz, se procura que el sordo-mudo no articule ni vea articular á su maestro palabra alguna cuya significación le sea desconocida ó que no pueda serle explicada en el acto, con lo cual se favorecerán no poco el desenvolvimiento intelectual y la adquisición de toda clase de conocimientos, pero especial y señaladamente los lingüístico-gramaticales.

Para enseñar la lectura labial debe el maestro colocarse frente á la luz, articular lentamente y esforzar al principio la emisión del sonido para venir más tarde á los movimientos regulares y ordinarios del organismo, obligar al discípulo á que observe hasta los cambios fugaces y pasajeros que la fisonomía experimenta por razón de los de posición y acción que exige la articulación de las diferentes letras, sílabas y palabras, y por último, aumentar gradual y progresivamente, así la velocidad en la articulación, como la distancia que ha de mediar entre maestro y discípulo para que éste se acostumbre á entender lo mismo de cerca que de léjos.

En cuanto á medios de enseñanza, sólo advertiremos que cuantos puedan aplicarse á la de pronunciación, otros tantos servirán para facilitar la de lectura labial, considerada por algunos como fundamento y no como consecuencia de aquellas, cuando en nuestra humilde opinión, suceda lo contrario, por más que haya sordomudos que la aprendan sin haber logrado pronunciar, como evidentemente tendrá que suceder á los que, además de ser congénita y completamente sordos, tengan lesionados ó demasiado endurecidos los órganos del aparato bucal por no haber reclamado ú obtenido oportunamente los beneficios de la educación.

Finalmente, los resultados de la enseñanza pueden prepararse aconsejando á las familias de los sordo-mudos que nunca dejen de hablarles aunque sepan que lo son y que siempre que hayan de darles alguna cosa, como pan, agua, vino, leche, dulces, ropas, etc., pronuncien el nombre de las cosas ú objetos que les den, marcando bien las posiciones orgánicas y haciéndoselas observar. Principiada la instrucción, se favorecerán esos resultados dándoles de palabra el mayor número posible de órdenes relacionadas con los actos más comunes de la vida, especialmente si están sometidos á la colegiada en la cual conviene proscribir, aun ántes que en la enseñanza, el uso y el abuso del lenguaje mímico, y prohibiéndoles que hablen entre sí apelando á ese medio en el recinto de las clases á fin de obligarles á que satisfagan su ardiente y natural deseo de comunicarse sus impresiones acudiendo á los movimientos del organismo fonético, como dice el abate Hervás que sucedía en la escuela romana del abogado Di Prieto, y finalmente, se asegurarán, dictándoles para que escriban y haciendo que se entablen diálogos en que recíprocamente se pregunten y respondan unos á otros, ejercicio de resultado doble, puesto que la interrogación del uno y la respuesta del otro han de hacerse pronunciando, y sin embargo, pregunta y respuesta deben ser recíprocamente percibidas, no por el oído, sino por la vista, no como sonidos sino como un conjunto de letras físicas examinadas, unidas, apreciadas y comprendidas como medio de expresión de ideas, mediante la observación visual de los movimientos regulares del organismo productor de la palabra, don admirable y precioso concedido por la Omnipotencia divina al género humano y por el

cual, entre otros, se distingue y eleva sobre los demás seres de la creacion.

CONCLUSION.

Al dar por terminados estos ligeros apuntes sobre la pronunciacion y la lectura labial que unidas constituyen la enseñaanza de la articulacion, característica de la escuela española de sordo-mudos, advertiremos que son los que nos han servido de guia para explicar á nuestros discípulos en el Colegio Nacional de Sordo-mudos y de Ciegos esa interesantísima parte de la Pedagogía especial, y que, con las correcciones y ampliaciones necesarias, pensamos que la formen de la obra que para facilitar el estudio de esa importante asignatura y para que sirva de guia á los maestros de primera enseñaanza que por inclinacion, por caridad ó por deber se encuentren en el caso de admitir algun infeliz sordo-mudo ó algun desgraciado ciego en sus escuelas, estamos preparando y pensamos dar á luz en ocasion oportuna si logramos allegar recursos suficientes. Finalmente, repetiremos lo que decíamos en nuestro artículo de introduccion, á saber, que al publicar estos apuntes tan sólo abrigamos el deseo de reivindicar una de las glorias de la patria, el de contribuir con nuestro pequeño é insignificante óvolo al incremento del sagrado depósito de la pública instruccion, el de popularizar los medios de educar é instruir á los sordo-mudos para que puedan ser educados é instruidos dentro del límite de lo posible en las escuelas comunes de instruccion primaria, ya que desgraciadamente no existen suficiente número de establecimientos especiales donde puedan recibir esos beneficios los once ó doce mil desgraciados de esa clase y los diez y ocho ó veinte mil ciegos que se cuentan en la Península, y por último el de allanar el camino para que personas más competentes y plumas mejor cortadas que la nuestra, deponiendo su modestia, contribuyan con sus trabajos á fomentar el progreso y mejoramiento de la enseñaanza á sostener el bien fundado crédito de la escuela española y á redimir á tan considerable número de españoles de la servidumbre de la ignorancia que es, segun la magnífica expresion de nuestro augusto monarca Alfonso XII, la peor de todas las servidumbres.

PEDRO CABELLO Y MADURGA,

NICOLÁS COPÉRNICO.

No hay nombre más sublime que el de *Copérnico*, cuya gloria cuentan los cielos, y que, siendo aclamado por los grandes sócios de su génio, Kepler y Humboldt, como el de un héroe de espíritu libre, nos parece sobrehumano como una maravilla de la creacion y que ha de ser celebrado por todas las generaciones y por el último mortal que lea la obra *De orbium coelestium revolutionibus*. El reformador atrevido de la ciencia, á quien dominaba una ambicion que todos los mundos no podrian llenar, la ambicion de lo ideal, y á quien no se podria comparar sino á Colon, sumergiéndose en las vigiliass de muchos años en los fines más elevados, en los secretos del grandioso templo de la naturaleza, en el trato del Universo, en el pensamiento del Sumo Artífice, sentando la astronomía en su trono real, y al sol que Ptolomeo habia condenado á ser un siervo de luz para el mundo, le volvió su cetro haciéndolo el soberano cuyos vasallos son los planetas, entre los cuales se encuentra tambien esa tierra soberbia que se habia creído el centro del Universo y que, segun la opinion de Ptolomeo, parecia estar firme cual pirámide. La gran hazaña de *Copérnico*, ese padre de la verdad, ese sacerdote genuino de la humanidad, ese modelo de tolerancia, ese hombre tan profundamente religioso como poético, ese sol brillante del cielo de la *Walhalla*, es pura cual ninguna, es hija de las aspiraciones más ideales, y tan inmensa y admirable como su descubrimiento fué la constancia del que largos años escondia las perlas preciadas de su preclaro ingenio entre las conchas nacaradas de una modestia invencible.

Al sumergirnos en la vida del que se atrevió á emprender el vuelo más alto concedido á un mortal, sentimos algo parecido á la devocion con que adoramos á la Divinidad.

Nació *Copérnico* en el siglo de *Guttenberg*, en el que se abrieron las puertas de una Nueva Edad, y en el que vivir habia de ser una sin par alegría y satisfaccion. Vió la luz primera el 19 de Febrero de 1473 en Thorn, la ciudad floreciente del Vistula, fundada por colonos alemanes llamados por la Orden teutónica, y distante sólo una legua de los límites de la tierra slava. El padre de Copérnico, Nicolás Koppernigk, trasladó, en 1462, su comercio y su residencia, desde Cracovia, la capital de Polonia, que debió su fundacion á alemanes, y cuyos vecinos eran tambien en gran parte germanos, á la ciudad hermana de Cracovia, á Thorn, cuando la guerra de 1454 á 1466 devastaba el país del Vistula, aquella guerra por la cual la Orden teutónica,

que formaba un maridaje extraño entre la caballería y la orden monacal, perdió la mitad occidental de su territorio, guardando la Prusia oriental como feudo de Polonia. En Thorn fué recibido Koppernigk en el seno de una de las familias más antiguas y distinguidas de la ciudad, enlazándose con Bárbara Watzelrode, cuyo padre, llamado Lucas, tenía vara alta en Thorn, como presidente del tribunal, y cuyo hermano, que también se llamaba Lucas, era primer canónigo de Culmsee y después de Frauenburgo, y en 1489 obispo de Ermland, mientras otra hija de Lucas Watzelrode, se había casado con Tilman de Allen, que era burgomaestre de Thorn cuando en esta ciudad del caudaloso Vístula y de los vastos arrabales coronados por lindísimas casas de recreo de ricos comerciantes nació Copérnico, siendo el menor de cuatro hijos. Como vástago de una estirpe patricia de comerciantes, gozó éste de una educación armónica y fué introducido á la vez en las esferas del comercio, de la administración y del derecho, y gracias á su tío, que llevaba el báculo del obispo, en la vida eclesiástica. Si el joven no conocía la dura necesidad que dá impulsos á los grandes esfuerzos, hemos de admirar tanto más la energía de su espíritu, que fué su compañera fiel por toda su vida. Pero aunque era un hijo mimado de la fortuna, tenía la desgracia de haber perdido ya á la edad de diez años á su padre. Ignoramos cuánto tiempo haya velado en torno de él aquel ángel de la guarda que se llama madre. Las veces de ésta las hizo con el amor más tierno el alto dignatario eclesiástico de la tierra prusiana, Lucas Watzelrode, y lo mismo que éste aplicóse á los estudios también Copérnico en la Universidad de Cracovia, en el célebre estudio jagellónico (1), donde Conrado Celtes había permanecido desde 1489 á 1491 como misionero del humanismo. En 1491 fué matriculado Copérnico, que en Cracovia penetraba en la lengua del Lacio, encendiendo al mismo tiempo su entusiasmo así por los tesoros de la antigüedad como por las investigaciones libres y las ciencias. Entre éstas le ocupaban sobre todo las matemáticas y la astronomía, que á la sazón florecían en Cracovia donde los catedráticos, perteneciendo á la escuela del insigne astrónomo *Brudzewski*, tenían por fundamento de sus lecciones astronómicas los trabajos de *Peurbach* y de *Regiomontano*.

Después de terminados sus estudios de cuatro años en Cracovia, pasó una temporada en su patria y salió en 1495 por vez primera á Italia, que

para los jóvenes de aquel tiempo era el sueño del alma y la consagración de su cultura, aún más que á fines del siglo XVI, cuando así desde Alemania y desde los países occidentales de la Europa culta, como desde el Norte lejano y desde el Oriente, la juventud peregrinaba allende de los Alpes á las famosas aulas de los glosadores. El hijo de Thorn ensanchaba en la Universidad clásica de Bolonia sus estudios canónicos y continuaba ocupándose de sus ciencias predilectas, las matemáticas y la astronomía, teniendo por maestro en estas al dominico María de Ferrara, que pronto hizo del aventajado discípulo su amigo y el compañero de sus estudios. En 1497 obtuvo, por influjo de su tío, el canonicato de la catedral de Frauenburgo (Prusia), que á todos los capitulares aptos para los estudios les proporcionaba el beneficio de cursar éstos en una Universidad después de haber desempeñado su cargo en la catedral durante un año. Así lo hizo también Copérnico, proponiéndose unir á sus investigaciones lingüísticas y matemáticas el estudio de las ciencias médicas, aunque estas, en sentir de sus contemporáneos, pudiesen conciliarse apenas con su estado eclesiástico, y dicen que obtuvo en Pádua el título de doctor en Medicina. Pero es de suponer que la mayor parte de su permanencia en Italia la pasase en Bolonia tratando á su maestro y amigo María de Ferrara y continuando sus contemplaciones astronómicas. En Roma le fué conferido en 1500 el profesorado de Matemáticas, llenando ya el joven prusiano á Italia con la fama de su vastísima erudición. Parece que desde 1504 á 1505 había vuelto á Frauenburgo, siendo á la vez doctor en Medicina y en Derecho canónico, y poseyendo una riqueza de experiencias debida á sus viajes, y una copia prodigiosa de saber humano fecundado y animado por sus severos estudios filosóficos, que le impulsaron á fijar la mirada siempre en el conjunto y á desafiar á las preocupaciones de todo género, no cuidándose de mayorías ni de autoridades, oyendo solo la voz de la verdad para hacerse el reformador atrevido de la contemplación del mundo.

Desde Frauenburgo le llamó su tío el obispo de Ermland á su lado al palacio de Heilsberg. Allí permaneció seis años, hasta la edad de cuarenta, como consejero del obispo, y allí trazó el bosquejo de su obra monumental, que le tenía ocupado toda su vida y que no entregó al mundo sino con su postrer aliento. Lo que allí dió á la estampa fué una traducción latina de las cartas de Teophylacto Simocatta, que salió en el año de 1509, siendo el primer libro que en el país del Vístula representa la literatura helénica. Es conocido que el citado autor á quien tradujo nuestro canónigo, fué un escritor cristiano, sí, pero perteneciente á la an-

(1) Llámase estudio jagellónico la Universidad de Cracovia por haber sido su fundador en 1400 Jagellon, el que lo fué también de la dinastía de los Jagellones que reina en Polonia, Lituania, Bohemia y Hungría.

tigüedad por las contemplaciones contenidas en sus epístolas, de las cuales un tercio tomaba su asunto en la esfera erótica.

Después de la muerte de su tío, acaecida en 1512, abandonó Copérnico el palacio obispal de Heilsberg para ocupar su canongía de Frauenburgo, y después de transcurridos cinco años, le encargó el cabildo salir para el palacio de Allenstein como administrador de aquel territorio. Durante su administración de cuatro años dió pruebas de su conocimiento de las relaciones de la vida práctica. Los últimos veinte años de su existencia los pasó en Frauenburgo, hecha abstracción de algunos viajes. Interrumpió con frecuencia sus estudios para entrar en las cabañas de los pobres en cumplimiento de sus deberes como médico, y al asistir cual delegado á las Dietas prusianas no defendió sino los intereses del país, haciéndolo con el mismo calor con que defendía la ciencia contra ataques injustos.

Cuanta fama haya gozado Copérnico por sus investigaciones astronómicas y cuán universal haya sido el reconocimiento de su saber, lo demuestra el Concilio de Letran, que le invitó en 1516 á que corrigiese el Calendario. Pero no habia llegado todavía la hora de dar á la publicidad su *Sistema del Mundo*, que entonces no comunicaba sino á pocos de sus íntimos amigos, terminándolo en 1530. Aquel sistema es una atrevida concepción de astronomía geométrica, haciendo ver que el globo terráqueo no es más que uno de tantos cuerpos del sistema solar que giran alrededor del astro del día.

¡Qué satisfacción habia de experimentar el gran astrónomo cuando en 1539 un profesor de matemáticas, Jorge Joaquin Rhético, abandonó á Wittenberg, el foco del protestantismo, pidiendo hospitalidad al cabildo católico de Frauenburgo para conocer los secretos del sistema copernicano! No habia discípulo más entusiasta que el joven Rhético lo fué del sábio Copérnico. Por fin cedió éste á las instancias de sus amigos, á los ruegos del mundo culto, consintiendo en la publicación de su obra, y después de escrito el prólogo magistral en que dedicaba al Papa Pablo III el fruto de sus investigaciones de cuarenta años, entregó su manuscrito á su amigo el sábio obispo de Culm, Tiedemann Giese, que lo mandó en seguida á Rhético. Encargáronse de la publicación el maestro de éste, Schoner y Andrés Osiander, que temiendo las preocupaciones de sus contemporáneos, acompañó la obra de un prólogo anónimo en que representaba sólo cual hipótesis lo que Copérnico habia demostrado como verdad científica. Salió la obra que cimentó para siempre la gloria del sábio de Thorn en Nuremberg, á principios de 1543, llevando el título *De orbium caelestium revolutionibus libri vi*. Cuan-

do Rhético le mandó el primer ejemplar, Copérnico estaba ya enfermo de gravedad. Sus manos tocaron aún lo que fué el testamento que legaba al mundo, pero sus miradas se dirigieron ya hácia las regiones celestes, y pocas horas después entonó los salmos en el coro de las estrellas. El que demostraba que pueden vivir fraternalmente la ciencia y la piedad cristiana, dejó en 24 de Mayo de 1543 la efímera mansión de la tierra para remontarse á las inmortales regiones de la suprema eternidad.

Su *Sistema del Mundo*, escrito en un estilo peculiar que, siendo ora breve, ora deslizándose en períodos largos, respira siempre vida y da testimonio del profundo trabajo espiritual del autor, causó la mayor sensación, puesto que la historia de la humanidad no ha registrado ninguna revolución más profunda que la que produjo Copérnico, haciendo de la tierra, que hasta entonces se consideraba como símbolo de lo inmóvil, un globo parecido á los demás planetas, girando así alrededor de su propio eje como alrededor del sol. En aquella teoría combatió Copérnico contra la tradición de mil años, oponiéndose á la apariéncia de los sentidos, al testimonio de los ojos, á un punto de vista que representaba hasta el sábio Melancthon.

Pues los reformadores no se atrevieron á deshacerse de las contemplaciones cósmicas que desde los tiempos de Ptolomeo gozaban de autoridad durante trece siglos entre todos los sábios de la antigüedad y de la Edad Media, aquel sistema que se recomendaba por la apariéncia de los sentidos, creyendo á la tierra en inalterable quietud, mientras giraban alrededor de ella el sol, la luna y las estrellas. Una temporada la Iglesia católica amparó á Copérnico, pero á mediados del siglo XVI excomulgó á cuantos leyesen su obra. Eso no impedía al descubrimiento copernicano correr victorioso por el mundo, y la Iglesia misma no pudo menos de aceptar el sistema del sábio de Thorn.

La envidia, que trata de empequeñecer todo lo grande, dijo que éste no hubo sino reproducido las teorías helénicas. El mismo dijo en su dedicatoria al Papa Pablo III, que algunos pitagóricos empezaron á ocuparse de la rotación de la tierra y del movimiento de ésta alrededor de un cuerpo central. Y debe citarse también el mayor astrónomo de la antigüedad, Aristarco de Samos, que, según refiere Plutarco, indicaba no sólo la rotación de la tierra, sino también el sistema heliocéntrico. Pero ¡qué diferencia tan grande entre las hipótesis de Aristarco y la fórmula matemática de Copérnico! Lo que aquéllos adivinaron lo demostró el sábio alemán con la seguridad del hombre de ciencia, aceptando su génio aquel pensamiento recusado durante trece siglos por todos los filóso-

fos y levantando sobre él con diligencia suma un sistema entero.

Hay también quien dice que *Copérnico* siguió gran parte del sistema de *Ptolomeo*, según el cual los cuerpos celestes giran en *círculos*. Es verdad que el que destruyó por completo aquel sistema fué *Kepler*, que dijo que los cuerpos celestes giran en *elipses*; pero los grandes pensamientos de *Kepler*, relativos á los *elipses*, y los de *Newton*, referentes á la *gravitacion universal*, los ha adivinado, é indicado *Copérnico*, según demuestra el Sr. Leopoldo Prowe en el discurso que pronunció en Thorn eu 19 de Febrero de 1873, con motivo del cuarto centenario del nacimiento del gran astrónomo.

Thorwaldsen, que modeló la estatua de *Gutenberg*, labró también la que los polacos levantaron en *Varsovia* en 1830 en honor del á quien reclaman como compatriota suyo, y *Thorn* imitó el ejemplo de *Varsovia* en 1853, erigiendo un monumento á su hijo, que fué uno de los mortales más geniales que hayan peregrinado por la tierra, uno de esos soles que brillan con claridad indeficiente en los horizontes de los siglos y á quien llamaremos otro *Melquisedech* sin encomenzamiento de sus días, sin término de la vida.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 6 de Mayo de 1878.

CRÉDITO. *

IV

La distincion entre el crédito público y el privado, como otras distinciones del mismo género, ha dado lugar á que la opinion se extraviára en errores peligrosos. Al paso que nadie admite que un particular pueda enriquecer á su familia contrayendo deudas, es demasiado comun oír decir que el Estado, y aun el Municipio, enriquecen la sociedad adheridándose; así como por otra disposicion de espíritu diametralmente opuesta, se dice: que todo empréstito es un mal. La razon de las masas, y muchos pensadores razonan como las masas, concluye de semejantes contradicciones, que el crédito público no tiene nada de comun con el privado; y de ahí que las reglas del uno no pueden servir para el otro.

Otro tanto podíamos decir de esas denominaciones, muy comunes hoy, de crédito comercial, industrias, financiero, agrícola, etc.; que no parece, sino que son igualmente otras tantas distinciones

(*) Véase el número anterior, página 787.

fundamentales del crédito. Este, no hay como dudar, no cambia de naturaleza por aplicarlo á diferentes industrias, y la prueba de ella la hallamos en que no se pliega con igual facilidad á las exigencias de todas las industrias que le reclaman; y eso porque el crédito no debe satisfacer sólo al que lo demanda, sino también al que lo ofrece; es preciso reconocer, ante todo, que ciertas industrias, la agricultura en particular, no dan á los prestamistas todas las garantías, y todas las ventajas, que les dan otras industrias, el Estado, por ejemplo. No es, pues, de admirar que los capitales vayan preferentemente al comercio, á la industria manufactura y al Estado. La concurrencia que el Estado hace á los que demandan capitales para esta ó la otra industria, produce incalculables efectos, y muy fatales, dígame cuanto se quiera. Es profundamente triste oír ese concierto de opiniones, ciegas ó interesadas, que se oyen todos los días, ó que se leen en los diarios, en las revistas, en los libros y por todas partes, sobre las maravillas del crédito del Estado. Se podría creer que todo eso obedecía á una consigna: pero, se creería mal.

El crédito público, lo repetiremos, en el fondo, es de la misma naturaleza que el privado. Un capital puede producir en cualesquiera manos que se halle, con tal que se emplee convenientemente; ni el Estado, ni particular alguno, tiene la potestad esencial de desnaturalizarlo, ni de desnaturalizar su empleo: pero la verdad es que debemos estar muy en guardia contra las disposiciones del Estado á levantar préstamos, so pretexto de utilidad pública. El Estado puede hacer cosas muy buenas, por medio de empréstitos: pero es lo cierto que suele hacerlas muy malas; además, su mision no es la de poner en produccion los capitales sociales, y favorece mucho mejor su uso y su multiplicacion, asegurando á los trabajadores de todas las clases y condiciones la libertad y la tranquilidad de que tienen tanta necesidad, y de las cuales le privan con frecuencia las empresas poco meditadas de los que se hallan al frente del Estado. Los Gobiernos, pues, deben ser mucho más escrupulosos que los particulares cuando se trata de un empréstito; porque en su calidad de representantes del pueblo y del interés general, sea que se atribuyan un privilegio, sea que se impongan una carga, perjudican siempre á una parte por lo ménos de aquellos, cuyos intereses tienen la mision de garantizar.

Si examinamos la manera de proceder del Estado cuando levanta un empréstito, habremos de observar, entre otras cosas que dejamos á un lado, bien que se presten mucho á la censura que en Europa por lo ménos reconoce generalmente deber 3, 4 ó 5 por 100 de interés por año por un capital

que firma recibir, pero que no lo recibe siempre. Esta práctica parece reconocer por origen la doble razon de ocultar el verdadero interés á pagar, y eludir la ley que limitaba su tasa; porque el Estado no siempre ha podido tomar á préstamo en los límites de la ley que imponía á los particulares, no lo puede aún; habremos de observar tambien que no estipula ninguna condicion de reembolso; de suerte que, en su pensamiento principalmente, sus deudas son perpétuas.

Reunidas esas dos desgraciadas prácticas, son extremosamente perjudiciales. Por la última, se ha llegado á creer que era indiferente deber poco ó mucho capital; así que no se ha escrupulizado en comprometer el porvenir por sumas que han llegado en muchos países á decuplar el capital recibido. En algunos, un empréstito al 3 por 100, por ejemplo, ha cargado al país con una suma doble, triple y hasta ocho veces mayor que el capital recibido. ¿Qué importa el capital de nuestras deudas, se dice, puesto que no lo hemos de pagar?

En tales circunstancias, los Gobiernos suelen hacer lo que se llama *conversiones*; esto es, disminuyen el tanto por ciento de interés, aumentando en proporcion el capital: el 5 por 100, por ejemplo, se convierte en un 4 ó un 3, aumentando el capital una cuarta parte ó dos tercios; cuya operacion, como se ve desde luego, no puede dejar de ser desastrosa para el porvenir. Tambien algunas veces convierten, disminuyendo el interés, sin aumentar el capital: en este caso, aprovechan la reduccion del interés, sin perjuicio de la sociedad en general, perdiendo sólo los acreedores; lo cual es, no sólo una injusticia, sino una iniquidad cínica, puesto que estos pierden, además de una parte de sus intereses, otra correspondiente en su capital, ya que sea una consecuencia forzosa de esa conversion la baja de los valores de sus títulos. El consentimiento que en semejantes circunstancias se pide á los tenedores, es un consentimiento irrisorio forzado, puesto que no lo prestan sino bajo el imperio de fuerza mayor, más ó menos velada. Los Gobiernos dicen que están autorizados para proceder así porque personifican la sociedad, cuyos intereses tienen sólo en mira; sin embargo, lo cierto es que, al hacerlo, falsean la esencia misma de su contrato, cuyas condiciones no deben variarse sino por consentimiento libre y expreso de ambas partes.

Si reconocieran los Gobiernos en los contratos de empréstitos el verdadero capital que reciben, y se obligaran explícitamente á pagar el verdadero interés, como lo hacen de una manera más ó menos velada; si además estipularan la época del reembolso con facultad para ellos de ampliarla, podrian aprovechar sin perjuicio de nadie el mejoramiento de su crédito. Quizá en la actualidad

tendrian que pagar algo más caros los capitales que necesitaren, á causa de la perspectiva de la renta económica que los prestamistas debian renunciar: pero este seria un pequeño inconveniente.

Este sistema, conforme á la verdad y á la lealtad, consideracion que debiera bastar para que mereciera la preferencia en todo caso, ahorraria á los pueblos una parte considerable de las cargas que pesan sobre su prosperidad, por no haberle seguido desde ántes. Es verdad que, con el reembolso facultativo y la sinceridad explícita de las condiciones del contrato, se habria detenido el movimiento de alza de los fondos públicos en el inquebrantable límite *de la paz*. Pero ¿qué mal provendría de eso? ¿No sucede ya para el 3 por 100? Sí, se dirá: pero el 3 por 100 tiene que correr mucho ántes de ponerse á la paz. Nadie gana en esa elasticidad del 3 por 100 sino los agentes de cambio y algunos jugadores afortunados, si es que no poco escrupulosos, al paso que son muchos los que pierden y se arruinan. El comercio en general pierde, sin duda alguna, por las oscilaciones facticias que esa elasticidad comunica á los capitales; y pierde sobre todo, por el funesto ejemplo que le dan especulaciones á veces escandalosas.

En cuanto á la ficcion de la perpetuidad de la deuda, se puede creer que los mismos Gobiernos la harán desaparecer: 1.º, porque es contraria al derecho comun, puesto que tiene todos los caracteres de una verdadera *sustitucion*; 2.º, porque es muy peligrosa, y puede temerse que conduzca las sociedades á la insolvencia, fin inevitable del que se empeña más y más sin pagar nada. Pero, ¿cómo se procederá para pagar tantos millares de millones, cuando no se sabe todavía equilibrar los presupuestos? Muchas naciones cuentan para ello con el valor de los caminos de hierro cuando haya espirado el plazo de sus concesiones: pero ese término está muy lejano aun, y mientras llega pueden aumentar mucho las deudas. Además, ¿se sabe ya cómo entrará el Estado en posesion de esas riquezas? ¿Se sabe de una manera evidente que esa posesion se verificará?

A propósito de los empréstitos nacionales, se ha promovido la cuestion de saber, si era más conveniente hacerlos, para cubrir los gastos extraordinarios, por medio de un impuesto, ó por medio del crédito. Los que están por el empréstito dicen: los gastos extraordinarios del Estado interesan á las generaciones venideras: es, pues, justo que sufran su peso. Seria muy cómodo para las generaciones presentes, en efecto, echar sobre las que vengan despues la carga de sus gastos, y cierto que, si eso pudiera hacerse, no seria muy

envidiable la herencia que dejaran á sus nietos. Felizmente para estos, nosotros no podemos arruinarlos sino arruinándonos á nosotros mismos; á ménos de obtener empréstitos de la nada, hay que tomarlos de los capitales existentes; por consiguiente, ¿quién ha de soportar ese peso desde luego? Las generaciones presentes. Sin duda que las futuras le sufrirán también en parte, puesto que habrán de pagar los intereses y la amortización, para lo cual necesitarán imponer á todos: pero ese capital, tomado á todos, volverá á algunos en su misma forma, y no habrá hecho sino cambiar de mano, al paso que hoy puede ser empleado en gastos improductivos. Creemos muchos que el capital prestado al Estado vuelve siempre á la circulación, puesto que vuelve la moneda que lo constituye. Esto, á nuestro juicio, quiere decir, que se confunde la riqueza total de un país con su moneda, puesto que las materias y las fuerzas empleadas por el Estado en tales casos, no vuelven á la sociedad. Esas materias y fuerzas se pierden, se conservan ó se multiplican, según el uso que se haga de ellas, y sabido es que, aplicadas por el Estado, se pierden muchas veces.

En cuanto á la cuestión de si conviene repartir el importe de un gasto extraordinario, por medio del impuesto, en un solo año, ó pedirlo á suscritores voluntarios, por medio de un empréstito, no nos parece de difícil resolución. Respecto á la mayoría de los contribuyentes, que no cuentan, como es sabido, con fondos de reserva, la cuestión equivale á la siguiente: ¿Conviene que un gasto extraordinario, ó inesperado, se imponga sobre los ingresos del año corriente de los contribuyentes, ó sobre los ingresos de muchos años posteriores? La respuesta no sólo no es dudosa, sino que nos la dá diariamente el trato general en sus transacciones más frecuentes.

Por medio del empréstito, los gastos extraordinarios no pesan inmediatamente sino sobre las fortunas de los que están en posición de soportarlos, puesto que el compromiso que adquieren lo adquieren por su voluntad; y todavía sucede con frecuencia que esos mismos suscritores buscan los empréstitos del Estado como medio ventajoso de colocar sus capitales. Casi siempre hay en toda sociedad capitales sin colocación, y esos son naturalmente los que afluyen á los empréstitos: pero aunque así no fuera, es de creer en todo caso que un llamamiento á suscripciones voluntarias no arrastre tras de sí un movimiento de capitales tan oneroso para la sociedad como el producido por un impuesto en circunstancias imprevistas quizá. El empréstito, en tales casos, es incomparablemente ménos gravoso para los contribuyentes: pero desgraciadamente, á causa de la perpetuidad

de la deuda, acaba por arruinar á los pueblos.

Los publicistas que dan la preferencia al impuesto sobre el empréstito, se apoyan en que el Estado abusa más fácilmente de los empréstitos. Tienen razón bajo su punto de vista: pero ese punto de vista nos parece hasta cierto punto muy estrecho. El Gobierno de los Estados- Unidos levanta préstamos que concilian todas las dificultades de la cuestión: se obliga á pagar la deuda que contrae en plazos determinados por su importancia. Así lo hacia por lo ménos antes de su guerra entre el Norte y el Sur. De esa manera, el empréstito y el impuesto venían á concurrir, por decirlo así, simultáneamente, á pagar los impuestos extraordinarios cuando eran muy considerables; eso mismo hacen los Gobiernos de las repúblicas del Sud de América, bien que forzados por la desconfianza de los prestamistas. Creemos que esta desconfianza se presta á muchas consideraciones que no carecen de interés para los hombres de Estado que quieran estudiarla.

X...

UN DRAMA EN EL DESIERTO. *

CAPITULO XXV.

Una familia de leones.—Plan de defensa.—¡En la cueva del león!—El primer disparo.—En fuga.—Amor de madre.—Ataque y defensa.—Delirio terrible.—La brecha abierta.—El asalto.—El silencio de la muerte.—Los beduinos.—*Tebib*.—El consejo.—Sorpresa.

Allí y Meneses, alarmados por el terrible ruido que por dos veces habían oído, cojieron sus armas y se lanzaron hácia la entrada de la gruta dispuestos á rechazar cualquier ataque.

Meneses aplicó la vista á una de las aberturas que entre sí dejaban las piedras con que la noche ántes habían cerrado la gruta y no pudo ménos de estremecerse.

Delante de ellos, á unos veinte pasos nada más, habia toda una familia de leones.

Aun cuando Meneses no pudo ménos de sentir un estremecimiento, producido por el terror que le causó la vista de los terribles animales, la idea de que estaban en una cueva defendida por una sólida barricada, le devolvió toda su tranquilidad y aun le sugirió el deseo de pasar su carabina por entre dos piedras y mandar una bala á los recién llegados.

* Véanse los números 202, 203, 204, 205, 203, 210, 211, 212, 111, 213, 220, 221, 222, 223, 224, 225 y 226.

Dispuesto á ejecutar su proyecto, volvió maquinalmente la cabeza y vió á su compañero ocupado en reforzar la barricada, metiendo entre las piedras grandes algunas más pequeñas que les sirvieran de cuñas.

—¿Temes acaso que los leones nos ataquen?— preguntó con tono que quería ser burlon, pero que no estaba exento de inquietud.

—No lo temo, lo espero.

—¿A pesar de la barricada?

—A causa de ella.

—No te entiendo: explícate mejor.

—¿Sabes dónde estamos?

—No.

—En la cueva del leon.

Meneses se estremeció, tendió la vista á su alrededor, y los rotos y descarnados huesos que vió por todas partes cubriendo el suelo, le hicieron comprender que el guía no se engañaba.

En aquel momento sus miembros comenzaron á temblar, y la carabina estuvo á punto de escaparse de sus manos.

—Ahora,—prosiguió Ali, que no parecia haber notado la debilidad de su compañero,—voy á disparar sobre la hembra que será la más feroz en el ataque; tú tirarás despues sobre el macho, pero procurando apuntar bien, porque si llegan vivos á la puerta todas estas piedras volarán como el polvo del desierto cuando sopla el simoun.

Meneses no contestó, porque su lengua seca se habia pegado al paladar y no le permitia articular una sóla palabra.

Se dirigió al sitio donde estaba la calabaza llena de agua, bebió un sorbo y volvió á su puesto.

En tanto Ali, sereno siempre, siempre tranquilo, habia pasado el largo cañon de su espingarda por entre dos piedras y apuntaba con cuidado.

Cuando un árabe tira en las condiciones que se disponia á hacerlo el guía; es decir, con tiempo suficiente para apuntar despacio y con el cañon apoyado en cualquier parte, su tiro siempre es seguro.

Meneses, que á causa de su larga estancia en Africa no podia ignorar esta circunstancia, fijó los ojos en la leona, esperando á cada instante verla rodar por el suelo.

Los leones seguian en el mismo sitio ruiendo siempre alternativamente.

Era indudable que la tapia que cerraba su guarida les llamaba mucho la atencion, y que no osaban acercarse recelando algun peligro.

En aquel instante la leona ruió llamando á sus hijos, administró al más díscolo un bofeton con su gruesa pata, y los obligó á refugiarse á su lado.

Por desgracia, al ir los leoncillos á ocupar el

puesto que les designaba su madre, Ali disparó y la bala, en vez de herir á la leona, deshizo la cabeza de uno de los cachorros.

El primer movimiento de los leones al oír el disparo, fué ponerse en salvo.

El macho fué el primero que dió la señal, detrás siguió la leona y en pós de ella su hijo.

Pero las madres, estén ó no dotadas de un alma racional, tienen todas ese instinto maravilloso y sublime, el instinto de la maternidad, que hace un héroe del sér más débil cuando se trata de defender al hijo de sus entrañas.

Al huir la leona volvía frecuentemente la cabeza para ver si sus hijos la seguian, de suerte que pronto notó que uno solo corria á su lado.

Volvió atrás, y al ver á su cachorro tendido en la yerba y bañado en sangre, lanzó un ruiido tan fiero, tan sonoro y tan terrible, que el leon se detuvo, temblaron los caballos estrechándose uno contra otro, los cazadores cambiaron de color y la enferma, arrancada á su letargo, se incorporó sobre uno de sus codos y pasando una mano por la frente murmuró algunas palabras que nadie oyó.

La leona seguia ruiendo y lamiendo á su hijo muerto, el leon habia corrido á su lado y aquella vez ya no eran miradas de inquieta curiosidad, sino de odio y venganza las que los dos augustos esposos dirigian á la cueva.

—Pronto, fuego,—gritó Ali cargando precipitadamente su espingarda.

Meneses disparó, pero no pudo ver el resultado.

Los leones, decididos por aquel nuevo ataque, y como de comun acuerdo, se precipitaron sobre la barricada.

El choque fué terrible; algunas piedras cayeron y las poderosas y crispadas garras de los leones penetraron por las aberturas, y su cálido aliento azotaba el rostro de Meneses que, loco de terror, habia soltado su carabina descargada y trataba de contener con las manos la caída de la frágil pared, que no podia resistir mucho tiempo á los poderosos embates del enemigo.

Ya no era posible averiguar la posicion del enemigo; el tiempo urgia y no se podia apuntar.

Ali acabó de cargar su espingarda, disparó al azar, arrojó al suelo su arma inútil, sacó su gumia y unió sus esfuerzos á los del cristiano.

La posicion de los defensores de la cueva era terrible; las piedras rodaban una á una machacándoles las manos, aplastándoles los piés y ensanchando la brecha, por la cual pasaban ya los membrudos brazos de los leones, á cuya fuerza nada resistía.

El valiente y sereno Ali manejaba diestramente la gumia, infiriéndoles en las patas profundas heridas, y cuando lograba alguna ventaja, la apro-

vechaba colocando de nuevo las piedras que habían caído, y reforzando las que aun resistían.

Indeciso estaba el éxito de la lucha, cuando una circunstancia imprevista vino á hacer inevitable la pérdida de los sitiados.

Miss Débora, arrancada de su profundo letargo por el tumulto del combate, y presa del más espantoso delirio, abandonó su lecho y se lanzó hácia la entrada de la gruta, gritando:

—¡Socorro, socorro!.. A mi padre mio.

Luego, con una fuerza sobrenatural, con la energía ficticia de la fiebre, cojió á Meneses por el cuello empujándole violentamente hácia un lado.

Meneses, que no la había visto venir, loco de terror al verse de improviso cojido por detrás, no opuso la menor resistencia y cayó de rodillas abandonando las piedras que sostenía, las cuales cayeron en torno suyo arrastrando á la jóven en su caída.

Desde aquel momento la lucha fué imposible; la barricada no existía ya, y un leon con las patas ensangrentadas, candentes los ojos, abierta y llena de espuma la inmensa boca, saltó dentro de la cueva, arrojándose sobre el grupo que formaban Meneses y la jóven.

Este permanecía aún de rodillas, y aquella, magullada por las piedras, había vuelto á caer desmayada.

El leon se arrojó sobre el comisionista, cuyas carnes desgarró con sus aceradas uñas, y Alí oyó al mismo tiempo un penetrante grito de dolor y el crujir de los huesos que se partían bajo la poderosa presión de las mandíbulas de la fiera.

Esto pasó en un instante; Alí, viendo el peligro que corrían los dos europeos, se lanzó con su gumía sobre el leon, luchando con él á brazo partido.

Lo que entonces sucedió, es imposible describirlo.

En aquel estrecho espacio sembrado de piedras irregulares, iluminado por un rayo de sol que filtrándose por entre las anchas hojas de las higueras penetraba en la cueva, se representaba la escena de un gran drama.

Una masa informe se agitaba en todos sentidos envuelta en un torbellino de polvo.

Voces, imprecaciones, lamentos, ruidos, se oían mezclados con el crujir de los huesos destrozados y el continuo rodar de las piedras.

Después de algunos segundos aquella masa dejó de moverse y el silencio se restableció en la gruta.

Pero aquella quietud, aquel silencio, eran la quietud y el silencio de la muerte.

El polvo fué cayendo poco á poco, y el rayo de sol que penetraba en la gruta alumbró en todos sus detalles el más espantoso de los cuadros.

A veinte pasos de la cueva, al pié de un grupo

de cactus y aloes, en una pradera de verde yerba tinta en sangre, se veía, con el cráneo destrozado, el cadáver de un leoncillo.

Su madre, con una herida por detrás del brazo izquierdo, herida que debía haberle atravesado el corazón causándole la muerte instantánea, yacía junto á la puerta al otro lado de los restos de la barricada.

Aquella herida que debió haberla recibido á boca de jarro, fué producida por el último disparo de Alí. El otro cachorro, asustado por la encarnizada lucha, y viendo la muerte de los suyos, debía haber huido bien lejos.

Dentro ya de la cueva se encontraban confundidos los sangrientos y mutilados cuerpos del sitiador y sitiados.

A un lado estaba Miss Débora cuyo rostro, cubierto con la palidez de la muerte, estaba salpicado de sangre y lleno de contusiones y arañazos.

No lejos de ella estaban tendidos, amontonados unos sobre otros, Meneses, Alí y el leon, pero tan destrozados, tan llenos de sangre, tan confundidos, que era imposible determinar qué clase de heridas eran las que les habían causado la muerte.

Contrastando con el desolado aspecto que presentaba el campo de batalla, el sol acariciaba las hojas de los árboles que se habían atrevido á nacer en medio de aquel mar de fuego; millares de pajarillos circulaban por el follaje cantando sus amores, y las ardillas de las palmeras, con su vistoso ropaje gris rayado de blanco, subían y bajaban ágilmente por el tronco de los árboles en que exclusivamente habitan, lanzando agudos chillidos y procurando sustraerse á la vista de algunas aves de rapiña que atraídas por el olor de la sangre, describían en el cielo rápidos círculos.

Así trascurrió más de una hora; las aves carniceras dejaron las alturas donde se mecían yendo á posarse en los árboles; los pájaros callaron su canto de amor para no llamar la atención de sus peligrosos vecinos, y las ardillas permanecían inmóviles entre los verdes penachos que les servían de guarida.

Ya el blanco buitrecillo, seguro de que no había allí ningún sér viviente tendía su pelado cuello y agitaba sus negruzcas alas para lanzarse sobre los cadáveres, cuando el rumor de muchos pasos que se dejaron sentir á la entrada del oasis obligó á huir á las carniceras aves.

Poco después apareció un árabe por entre los árboles, que se detuvo admirado junto al cadáver del cachorro; después llegó otro, luego otro y por último una lucida tropa de caballería escoltando á muchos prisioneros, entre los cuales se encontraban dos cristianos.

Eran los beduinos que la noche ántes habían

sorprendido á la caravana, y los prisioneros eran los buscadores de oro.

El jefe de los beduinos, viejo de elevada estatura, enjuto de carnes y tez casi negra, sobre la cual contrastaba su luenga y blanca barba, llegó de los últimos y dió algunas órdenes que tuvieron por resultado alejar á los prisioneros de aquel sitio.

Mientras esto sucedía, movidos algunos moros por la curiosidad, que tan poderoso influjo ejerce en los pueblos primitivos, se acercaron á la cueva y volvieron á galope á dar cuenta á su jefe de sangriento aspecto que presentaba.

Esta noticia pareció contrariar al jefe, el cual, clavando sus largos acicates en los flancos de su caballo, se lanzó á galope seguido de los suyos hácia la cueva, á cuya puerta desmontaron todos.

—Inmediatamente donde está el *tebib* (1),—gritó el chek.

—Aquí estoy, señor,—contestó una voz que salía de las últimas filas, y poco despues un árabe vestido como los demás á excepcion de un turbante verde que le rodeaba la cabeza, se acercó al chek, al que saludó inclinándose con gran respeto.

—Examina esas criaturas, y dime si viven ó han muerto.

El médico se inclinó sucesivamente sobre Miss Débora y sus dos guardianes, y despues de un atento y prolongado exámen dijo:

—La cristiana vive; ha sufrido por mucho tiempo los rayos del sol sobre su cabeza y tiene fiebre.

—¿Y los otros?

—El moro vive tambien.

—*Han du li Alá* (2),—exclamaron á coro los circunstantes.

—Vive y sus heridas no son graves, aun cuando ha perdido mucha sangre.

—¿Y el cristiano?

—Tambien, pero veo lucir sobre su cabeza la espada de Asrael. (3)

—Siempre será un enemigo ménos: pero ese hombre tenia que cumplir una promesa, y hasta que lo haya hecho es preciso que viva.

El médico movió la cabeza con aire de duda y se limitó á contestar:

—Todo está en manos del Señor.

El solo es grande y poderoso.

Luego, llamando algunos moros para que le ayudaran, colocó en la cueva á los enfermos y

(1) Médico.

(2) Gracias á Dios.

(3) Segun los mahometanos es el ángel encargado de rivar de la vida á los mortales.

acomodándolos lo mejor que pudo empezó su curacion. El chek, llamando á los principales jefes de la banda, es decir á los de más edad, se sentó con ellos á la sombra de unas higueras y empezaron á tratar sobre lo que debian hacer visto el impensado giro que habian tomado los sucesos, mientras que sus subordinados desensillaban los caballos y se dispersaban por el oasis buscando alguna sombra para dormir ó fumar al fresco.

—Hermanos,—decía el chek á los jefes.—Ese cristiano que Dios confunda trató con nosotros, por medio del bicastino, que atacáramos la caravana y le dejáramos huir con la cristiana de cabello de oro.

Por este servicio nos prometió 4.000 piastras y el bicastino nos dió 2.000 á cuenta.

Muerto Hamet, siguieron los tratos por medio de Alí y designaron este oasis para que viniéramos á cobrar el resto de la suma convenida.

Hemos cumplido nuestra palabra, y el cristiano tambien; pero llegamos aquí y lo encontramos medio devorado por un leon y próximo á morir.

Una vez muerto el cristiano, ¿qué haremos? ¿concluye el trato con su muerte ó sigue como si viviera? Y en este caso, ¿con quién tratamos?

El chek dejó de hablar, y los jefes, bajando la cabeza, parecieron entregarse á un gran trabajo mental.

Aunque dedicados al robo, todos aquellos hombres creian ser y eran, en efecto, hombres honrados.

El desierto era suyo; en él habian nacido y de sus padres heredaron el derecho de saquear á todo el que pasara por él.

Los beduinos, al pactar con Meneses el rapto de Miss Débora, creian estar en su derecho, y ante la eventualidad de la muerte de aquél querian ver el modo de que su honor quedara á salvo.

Despues de una larga discusion, el consejo acordó que si Meneses moria, se tomarian de lo que dejara las dos mil piastras, y que en cuanto á la jóven, quedaría libre y podria irse con su padre, cuyo rescate ya sabemos que habia ajustado la noche anterior con los beduinos.

Tomado este acuerdo, quedó disuelta la reunion, y los jefes iban ya á separarse cuando otra banda de beduinos invadió el oasis, arrojando feroces gritos, fusilando y acuchillando á cuantos á su paso hallaban.

CAPITULO XXVI.

Los beduinos.—Explicaciones.—El combate.—Los enfermos de la gruta.—Revelaciones.—Muere Meneses.—El perdon.—Conclusion.

Los beduinos viven en el desierto, cuyos oasis ocupan cuando les acomoda, sin reconocer más

soberano que el jefe de su tribu, y en guerra constante contra cuantos pasan por sus dominios ó habitan la tierra cultivable, sean musulmanes ó cristianos, que para ellos todos son enemigos.

Divididos en muchas tribus, y careciendo completamente de un lazo social que los una, son agrupaciones aisladas de hombres que no por pertenecer á una misma raza dejan de hacerse una guerra cruel por los motivos más fútiles.

Sucede generalmente, que los Estados fronterizos al Sahara, con objeto de asegurar á sus súbditos la tranquila posesion de sus propiedades y el derecho de transitar por el desierto, tienen á sueldo algunas tribus de beduinos, que se encargan de evitar que las otras roben las caravanas que viajan por la comarca encargada á su defensa, ó invadan los terrenos cultivados destruyendo las cosechas, robando los ganados, incendiando los pueblos y llevando por todas partes el terror y la desolacion.

Enterado Alí de todo esto, por razon de su oficio, y conociendo que los beduinos con quien trató su compañero Hamet no eran de los encargados por el Bey de vigilar las fronteras, formó su plan para desbaratar los proyectos de Meneses, pero de tal suerte que éste no pudiese nunca negar su traicion.

Vigilando á su compañero, se enteró de todo y lo asesinó á las puertas de Kebilli; luego reanudó con los beduinos la trama que parecia rota, y supo convencer á Meneses de que aún no debía perder la esperanza, y que las muertes sucesivas del bicestino y del caballo, no tenían verdadera importancia.

Arregladas las cosas de esta suerte, escribió al chek de un oasis cercano que estaba á sueldo del Bey; le anunció que la caravana iba á ser atacada, y le aseguró que en el oasis *seguer* encontraria juntos á los ladrones y á los robados.

Esta carta la llevó Mustafá, y á su regreso al oasis fué cuando se encontró con Gomez, ocurriendo despues los sucesos de que ya tienen conocimiento nuestros lectores.

El chek, á quien llamaremos jefe de la policia del desierto, conocía de muy antiguo á Alí, y siguiendo sus instrucciones se puso en marcha al ser de dia, dirigiendo sus ginetes al lugar de la cita.

A la mitad del camino encontraron un moro y un cristiano que andaban inclinados sobre la arena como si buscaran alguna cosa.

Aquellos dos hombres eran Mustafá y Gomez.

Este, á quien Mustafá, con ayuda del poco italiano que sabia servia de intérprete, supo por los beduinos que Alí habia previsto el ataque y conocia el sitio donde se habian retirado los árabes.

Esta noticia le sorprendió hasta el punto de no atreverse á darle crédito; pero la dificultad de enténderse y el convencimiento de que los árabes sabian algo más que él en aquel asunto, le obligaron á guardar silencio y entregarse por completo en mano de los auxiliares que la Providencia le habia enviado.

Despues de estas explicaciones, el chek, invitó á Gomez á montar en un caballo, y la caravana, formando una extensa línea de batalla, rompió la marcha á través del desierto.

A eso de las once de la mañana descubrieron á lo lejos los árboles del oasis *seguer* y el chek despues de dar las oportunas órdenes para que sus gentes lo rodearan por completo, avanzó á galope, y ya hemos visto que llegaron en el momento en que los jefes reunidos en consejo iban á separarse.

No desmayaron los beduinos al verse atacados de un modo tan brusco como repentino; los jefes reunieron á su gente, lucharon con valor; pero la resistencia era inútil.

La sorpresa habia sido demasiado repentina, los enemigos demasiado numerosos y valientes para que la lucha pudiera durar.

Además, desde el principio del ataque, los prisioneros que habian visto entre los recién llegados á Gomez, comprendieron que venian en su auxilio, y cobrando ánimos rompieron sus ligaduras y embistieron con sus guardias, en los cuales causaron terribles estragos.

Media hora despues la lucha habia cesado por completo; multitud de muertos ó heridos, cincuenta prisioneros, y triple número de caballos quedaron en el campo de batalla.

Los beduinos del Bey no cabian en sí de gozo.

Habian, con pérdida de un solo hombre, alcanzado una gran victoria, la tribu rival quedaba casi destruida, el suelo, cubierto de despojos, les aseguraba un rico botin, sin contar los prisioneros, entre los cuales habia algunos jefes que entregados al Bey de Túnez, les valdrian 100 piastras por cabeza, lo cual hacia una bonita suma de 5.000 piastras, que no eran de despreciar.

Concluido el combate, Gomez corrió á abrazar á Mister Cugnigan y á pedirle noticias de su hija.

El desolado padre no sabia nada, pero con el auxilio del maltés, que hablaba el árabe como su lengua propia, pronto se enteró de que en una cueva vecina estaban una cristiana enferma y dos hombres, uno de ellos cristiano, heridos gravemente.

Inmediatamente corrieron hácia el lugar que les indicaban, y cuál seria su asombro al reconocer á su hija y á sus compañeros de viaje.

Mister Cugnigan se arrojó sobre su hija, cuyas ardientes manos cubrió de besos, y sólo pudieron calmar su inquietud las palabras del médico de los beduinos, que sorprendido en la cueva no había podido huir y que le aseguraba el pronto restablecimiento de la enferma.

Tranquilo ya su corazón de padre, el inglés y sus dos compañeros pasaron á enterarse del estado de los otros heridos.

Meneses, con todo un hombro destrozado por la fiera, estaba aletargado, y, según el médico, su vida no podría prolongarse hasta la noche.

En cuanto á Alí era otra cosa; no había recibido más que heridas ligeras, rasguños tremendos por sus dimensiones, pero poco profundos para que pudieran haber interesado ningún órgano vital.

Únicamente la pérdida de gran cantidad de sangre había ocasionado su desmayo, pero ya estaba restablecido; así es que al ver acercarse á los europeos se sentó en las hojas secas de maíz que le servían de lecho, haciendo señas de que quería hablar.

Como el único que sabía árabe era el maltés, éste fué el que, acercándose al herido, escuchó lo que con tanto afán quería decir.

Mientras el guía hablaba, el maltés parecía presa del mayor asombro, alzaba al cielo las manos y dejaba escapar unas veces palabras de incredulidad, otras de indignación.

La mímica del insular despertó de tal suerte la curiosidad de sus compañeros, que Mister Cugnigan, que desde que había vuelto á encontrar á su hija había recuperado su habitual sangre fría, manifestó su impaciencia dando en el suelo una fuerte patada y murmurando un *God-den* bastante enérgicamente acentuado.

Más fogoso Gomez, abrumaba al maltés á preguntas, sin que éste contestara más que:—Es horrible!.. esperad, luego lo sabreis todo;—con lo cual la impaciencia crecía, mezclándose con cierta inquietud, pues el rostro del buen comerciante no presagiaba ninguna buena noticia.

Acabó, por último, de hablar el guía, y el maltés contó á sus atónitos compañeros lo que Alí acababa de decirle.

Refirióles detalladamente la traición que preparaban Meneses y el Bicestino; cómo se despertaron sus sospechas; cómo descubrió en Kebilli el complot; cómo él mismo dió muerte al guía infiel y qué disposiciones había tomado para salvar á Miss Débora del peligro que la amenazaba.

Al escuchar este tejido de infamias, la indignación de los europeos no conocía límites.

Gomez maldecía la suerte que le privaba del gusto de arrancar el corazón á su pérfido amigo, y

Mister Cugnigan, aun cuando no pronunciaba una sola palabra, estaba densamente pálido, apretaba los dientes con tal fuerza, que hizo añicos la boquilla de ámbar de su pipa, que cayó sobre las piedras hecha pedazos.

Por indicación de Alí se hizo venir al jefe de los beduinos adictos al Bey, y éste, después de confirmar las palabras del herido, interrogó en presencia de los europeos á varios prisioneros los cuales no tuvieron reparo en acusar á Meneses, de cuya culpabilidad era imposible dudar.

Aquel día lo pasaron los europeos á la cabecera de la enferma, deliberando acerca de la resolución que deberían tomar.

Gomez era de opinión que construyeran unas parihuelas y condujeran al herido á Kebilli, desde donde, si curaba, sería entregado al cónsul general de España para que lo juzgara según las leyes.

A la tarde, poco antes de cerrar la noche, el médico se acercó á ellos anunciándoles que Meneses se moría y quería hablarles.

Mister Cugnigan rehusó acceder á los deseos del raptor de su hija, y únicamente Gomez se acercó al moribundo.

Al verlo venir quiso Meneses incorporarse y pronunciar algunas palabras, pero sólo logró levantar una mano y murmurar con voz apagada.

—¡Perdon!

—¡Luego es verdad!—exclamó Gomez conmovido. ¿Qué mal te habíamos hecho?

—El amor... la ambición... Dios me castiga... sé feliz.

—¿Quieres algo?—preguntó Gomez arrodillándose junto al lecho y cogiéndole una mano.

—¡Agua!

Satisfecho instantáneamente el deseo del herido, cuyo lecho rodeaban varios moros ávidos de presenciar la agonía de un cristiano, volvió á preguntar Gomez, de cuyo noble corazón había desaparecido todo sentimiento de odio:

—Deseas algo más...

—Mátame..... soy un infame, sufro horriblemente.

—No se trata ahora de eso. ¿Quieres algo? Yo respetaré y cumpliré tu última voluntad. Te lo juro por mi honor.

—¿Tú? Imposible... debes odiarme.

—No, amigo mio; ya olvidé tu conducta pasada para no acordarme más que de que fuiste mi compañero de infancia.

Meneses no contestó, su alma baja no podía comprender la noble caridad de su amigo.

Cerró los ojos, permaneciendo así algunos minutos; después, como si se acordara de alguna cosa, gritó con espanto.

—Y el león dónde está?

—Murió, no temas.

—¿Y Miss Débora?

—Enferma.

—¿Vive?

—Vive, y parece muy mejorada.

—Corre... vé... es preciso que me perdone... madre mía... yo muero... perdon, amigo; perdon Dios mio... Ah! allí... ya rompe la barricada, me destroza, socorro... socor...

Al pronunciar estas últimas palabras, el moribundo, que pocos momentos antes no podía moverse, se incorporó con viveza, tendió las manos como para defenderse de un enemigo invisible, y dejando caer la cabeza hacia atrás, espiró en brazos de su amigo.

Gomez, con los ojos arrasados en lágrimas, cerró los párpados del difunto, cubrió su cuerpo con un jaique, y dejándolo al cuidado del maltés, se acercó á Mister Cugnigan.

—Todo ha concluido!—dijo sentándose á su lado.

—Que Dios le perdone, como yo lo hago!—murmuró el inglés.

Al siguiente día salió del oasis *seguer*, dirigiéndose hacia las fronteras de Túnez, una numerosa caravana escoltada por una porción de beduinos.

A la cabeza, montado sobre un camello, marchaba el guía Ali, á quien Mustafá entretenía cantando á media voz algunas canciones.

Inmediatamente detrás de ellos venían á caballo Mister Cugnigan y el maltés escoltando una litera improvisada, cubierta con un trozo de lona, que llevaban dos mulas.

En aquella litera iba Miss Débora, presa aún de la fiebre.

Detrás venían los buscadores de oro, alegres porque habían recobrado al propio tiempo su libertad y el fruto de su trabajo, y por último, cerrando la marcha, los beduinos adictos al Bey, llevando entre ellos á los prisioneros, que se proponían entregar á las autoridades de Kebilli.

Gomez, cuyo caballo sostenía un moro, estaba ocupado en grabar con la punta de un cuchillo una inscripción sobre las piedras que cerraban la puerta de la cueva.

Aquella inscripción era muy sencilla.

Debajo de una cruz decía:

«Aquí yace D. Francisco Meneses, muerto por un leon el 16 de Octubre de 1865.

R. I. P.»

En efecto, Meneses había sido enterrado en la

misma cueva donde había muerto, después de lo cual se había tapiado la puerta.

Terminada la inscripción, el joven montó á caballo y alcanzó á la caravana.

En Kebilli, á donde llegaron sin novedad, curó Miss Débora de la fiebre tifoidea que había puesto en peligro sus días, y hasta muchos después de haber recuperado la salud, no supo ni la trágica muerte de Meneses ni el espantoso peligro á que había estado expuesta.

Respetando la memoria del muerto nadie quiso hablar de su traición, y es probable que la ignore todavía.

Los peligros que tanto ella como su padre y amigos, habían corrido por causa suya, curó á la joven de su manía de viajar, y decidió volver á Inglaterra por el camino más corto y sin buscar más aventuras.

Gomez la siguió, y algunos meses después logró llamar su esposa á la mujer, cuya sola vista le había hecho atravesar el Mediterráneo y llegar hasta el desierto.

De los personajes secundarios de esta historia pocas palabras tenemos que decir.

Ali y Mustafá, recompensados generosamente, compraron una tierrecita, con cuyo producto, viven juntos y en la mejor armonía.

Diana, que es la favorita de la familia, se aburre porque su amo parece haber olvidado la escopeta, y Mister Cugnigan, obligado á beber solo, ha decidido establecerse en Jerez, cuyo vino es el único que puede hacerle hablar cuatro palabras seguidas.

Allí ha comprado una casa en la que vive con sus hijos, y piensa fundar una gran bodega, que será con el tiempo la admiración del mundo.

JOSE ALVAREZ PEREZ.

LA POSADA DE LA VIDA.

(IMITACION DE ALFONSO KARR.)

Pieza de paso en una posada. Puerta al foro y laterales.
Ventana.

ESCENA PRIMERA.

LA POSADERA, asomada á la ventana. Suenan fuera las campanillas de un tiro de diligencia.

Pos. Ya llegan á la posada:
llega, respirando vida,
la gente regocijada.....
Tan alegre es la llegada
como triste la partida!...

ESCENA II.

LA POSADERA, el MAYORAL.

- MAY. A la paz de Dios, patrona.
 Pos. Buenos días, mayoral.
 (La posadera pone en orden los muebles de la sala.)
 MAY. Siempre trabajando...
 Pos. Siempre.
 MAY. Para pulir y adornar
 la posada de los huéspedes
 que traigo yo por acá.
 Pos. Si no fuera por mi esmero...
 MAY. Sin duda.
 Pos. La casa es tal,
 que en ella no encontrarían
 la menor comodidad
 vuestros pobres caminantes,
 que apenas vienen se van.
 MAY. Ese es el mundo, en resúmen:
 una posada que hay
 á un costado del camino
 que guía á la eternidad.
 Se llega: la posadera
 se afana por festejar
 al recién venido..., y cuando
 más descuidados están,
 á latigazos anuncia
 la partida el mayoral.
 Pos. La posadera...
 MAY. Es la vida.
 Pos. Entiendo.
 MAY. La humanidad
 el caminante, y el tiempo
 el conductor, que es quien dá
 el aviso de llegada
 y la voz para marchar.
 Pos. Y vienen hoy muchos huéspedes?
 MAY. Tened la seguridad
 de que, en mucho tiempo, aquí
 huéspedes no os faltarán.
 Pos. No quebrará la posada?
 MAY. Hasta la quiebra final,
 ¿quién es capaz de prever
 los cambios que sufrirá?...
 Pos. Desde que existe, ha sufrido
 tantos!...
 MAY. —Ya sabéis el plan:
 media hora para comer,
 una para descansar
 y en marcha.
 Pos. ¿Por qué no habíais
 de alargar un poco más
 esta parada?... ¡Es tan breve!...
 MAY. No me es posible alterar
 el preciso itinerario

del viaje de cada cual.

- Pos. Desdichados caminantes!
 MAY. Todo calculado está:
 la hora á que deben salir,
 la hora á que deben llegar...

ESCENA III.

DICHOS, el VIAJERO.

- VIA. Si no hay justicia en la tierra!...
 Pos. Viajero...
 VIA. ¡Qué indignidad!...
 Pues no pretenden ponerme
 en el último lugar
 de la mesa!...
 MAY. Y eso es todo?
 VIA. Es poco?... Si no me dan
 un sitio de preferencia,
 no como.
 MAY. Lo que queráis.
 Podeis descansar entónces,
 si es que podeis descansar.
 Mas no olvidéis que hace un rato
 que llegamos.
 VIA. Bien está.
 MAY. Voy á preparar un pienso
 á mis mulas, que son más
 juiciosas que vos, y que
 tan sabroso lo hallarán
 un poco más adelante
 como un poco más atrás.

ESCENA IV.

LA POSADERA, el VIAJERO.

- VIA. El último... ¡Qué insolencia!...
 Pues les prometo, á fé mia...
 Pos. Caballero...
 VIA. Yo quería
 un sitio de preferencia.
 Vengo en berlina...
 Pos. Mejor.
 VIA. Y ellos... unos van á pié.
 Pos. Se cansarán.
 VIA. Ó en cupé.
 Pos. Irán mal.
 VIA. Ó en interior.
 ¿Por qué, pues, me han postergado?
 Vamos, ¿por qué?
 Pos. (Está que trina.)
 VIA. Yo, al cabo, ocupo berlina.
 Pos. Y en berlina habeis quedado.
 Pero el privilegio cesa;
 no hay razon para el reproche,
 siendo el primero en el coche
 sois el último en la mesa.

VIA. Yo no debo á malas artes
mi asiento.

Pos. Es de suponer;
pero aquí...

VIA. Yo quiero ser
el primero en todas partes.
No como.

Pos. Comed aquí.

VIA. Solo.

Pos. Si así lo desea...

VIAJ. Pues corriente. Buena idea!

Pos. Os traigo el cubierto?

VIAJ. Sí.

—La posada, ya se vé,
un hombre al frente reclama.
El dueño, cómo se llama?

Pos. Policarpo.

VIAJ. Poli qué?
Poli muchos... bien está:
si esto para mí es un juego...
Poli... sí... viene del griego:
carpo de dónde vendrá?
Carpo... caramba, aquí *zarpo*:
el *poli* ya lo saqué,
pero *Carpo*? Yo no sé
de dónde viene este *carpo*.

Pos. (Qué hombre más extraordinario!)
Y qué os traigo de comer?

VIAJ. Traedme... no puede ser.
Traedme...

Pos. Qué?

VIAJ. Un diccionario.
No le hay?

Pos. No, caballero;
pero hay ternera, tortillas.

VIAJ. Un diccionario.

Pos. Costillas.

VIAJ. De griego.

Pos. No, de carnero.

VIAJ. Un diccionario.

Pos. Corriendo:
pero mejor os vendría...

VIAJ. Mandad á una librería.
Carpo... nada, no lo entiendo.

Pos. Vamos... qué quereis comer?

VIAJ. Una perdiz.

Pos. No la habrá.

VIAJ. Preguntad.

Pos. Bueno. Se hará.

VIAJ. Si no mandadla traer.

Pos. Lo intentaré.

VIAJ. Tengo empeño.

Pos. El tiempo pasa enseguida.

VIAJ. El que gaste en la comida
lo puedo ahorrar en el sueño.
(Váse la Posadera.)

ESCENA V.

VIAJERO solo.

Carpo... saber no consigo...
si tengo tan mala estrella...
¿Y esa mujer? ay! si ella
quisiera comer conmigo!
No querrá... ¡qué ha de querer!
si me marchó en breve plazo,
¡para qué apretar un lazo
que el mañana ha de romper!
Ser despreciado me enfada...
¡mas si he de marchar tan presto!...
¿Y por qué no ha de ser esto
algo más que una posada?
¡Conocerse aquí los dos
y verse por vez postrera,
para emprender la carrera
por esos mundos de Dios!
Yo no me quiero marchar;
me haré firme... no me iré.
¡Esfuerzo vano! ¿Por qué
me han obligado á viajar?
¡Oh! convidarla es preciso;
convidarla en verso, sí;
¿cómo no hablar á una huri,
en lengua del Paraíso?
"Mujer, angel, niña hermosa:"
"ángel" soberbio! me place;
ó "diosa" pues... ¡qué bien hace
esto de llamarla diosa.
"Diosa ó ángel ó mujer."
¿Con cuál de las tres me quedo?
Con las tres. Vamos, no puedo,
nunca he podido escojer.

ESCENA VI.

VIAJERO y el MAYORAL.

VIAJ. "Diosa" está bien; adelante.

MAY. Viajero, que el tiempo pasa.

VIAJ. Este hombre todo lo tasa.

MAY. ¿Qué haceis?

VIAJ. Busco un consonante.

MAY. Bah! las mujeres admiran
los versos, y en general
sólo les parecen mal
aquellos que otras inspiran.
No perdais tiempo.

VIAJ. Corriente.

MAY. Los demás están durmiendo.
Os podeis ir disponiendo,

VIAJ. Qué hombre más impertinente!

ESCENA VII.

DICHOS, la POSADERA.

Pos. Ya por el libro he enviado.
 VIA. Magnífico! Soy feliz!...
 Y la perdiz?...
 Pos. No hay perdiz.
 VIA. Soy el sér más desgraciado!...
 Pos. Hay pichon...
 VIA. ¡Qué decepcion!...
 Pos. Pero cómo se improvisa?...
 MAY. (Vuela del llanto á la risa
 en las alas de un pichon.) (Vase.)

ESCENA VIII.

La POSADERA, el VIAJERO. (Ella pone la mesa.)

VIAJ. (Si hubiera Jeréz!... Quisiera
 beber con esta mujer.
 ¡Cuán dulce, cuán grato fuera
 copa tras copa beber
 con mujer tan hechicera?...)
 ¿Tendreis Jeréz?
 Pos. Sí, á fé mia;
 pero perdonad si os digo,
 pues me inspirais simpatía,
 que recordeis...
 VIAJ. (¡Oh alegría!...
 ya simpatiza conmigo.
 Debo invitarla... al instante...
 "Mujer, ángel, niña hermosa..."
 ¡Maldecido consonante!
 (La posadera prende una rosa á sus trenzas.)
 Una rosa!.. Es importante
 que yo consiga esa rosa!)
 Pos. ¿En qué estais pensando?
 VIAJ. En esa
 flor que enlazais al cabello.

ESCENA IX.

DICHOS, el MAYORAL.

MAY. Los pichones. (Trae un plato con pichones.)
 Pos. A la mesa.
 (Aparte al viajero.)
 Os ocupa todo aquello
 que ménos os interesa.
 VIAJ. El Jeréz.
 Pos. Voyle á subir. (Vase.)

ESCENA X

EL VIAJERO, el MAYORAL.

VIAJ. No hay limon?
 MAY. Se vá á enfriar.

VIAJ. Limon!... (Se sienta, pero no come)
 MAY. Si dais en pedir,
 vais á tener que marchar
 sin comer y sin dormir. (Vase.)

ESCENA XI.

EL VIAJERO.

Pedir!... y mi sencillez
 peca ya de exagerada...
 Qué idea!... "Mi alma abrasada
 por el fuego del Jeréz
 y el fuego de tu mirada ..." (Escribe.)

ESCENA XII

EL VIAJERO, la POSADERA.

Pos. Pues no hay Jeréz.
 VIAJ. Esta es buena!
 Pos. Vacía está la alacena.
 VIAJ. Y pedirlo no podrán?
 Pos. Pero hay en cambio Champagne.
 Aguardiente y Cariñena.
 VIAJ. No me sirven. Otra vez
 no volveré á esta posada...
 Era una frase inspirada:
 "Con el fuego del Jeréz
 y el fuego de tu mirada..."
 ¿Cómo he de decir, qué horror!
 "el fuego del Aguardiente."
 —Dá demasiado calor...
 Yo quiero precisamente...
 Pos. El Champagne es superior.
 VIAJ. Champagne... "Con el fuego..." Pehé!
 No me gusta la figura...
 mas ya caigo... Me salvé.
 El Champagne será *frappé*?
 Pos. Frappé?
 VIA. Helado, criatura.
 (Siendo así cesó mi afan;
 si no está mi alma abrasada,
 estará... neutralizada
 por el hielo del Champagne
 y el fuego de su mirada.)
 Pos. Lo que es helado...
 VIA. Tampoco?
 Yo voy á volverme loco.
 Si algo os pido, no teneis...
 Pos. Y vos despreciais... lo poco
 de que disponer podeis.
 VIA. Esta posada es meson,
 taberna, infame figon...
 Estoy cansado de veras...
 ¡Si no fuera porque son
 tan bellas las posaderas! (Vase la posadera.)

ESCENA XIII.

VIAJERO solo.

Hermosa es, á fé mia,
 la moza del meson; gentil y airosa
 ejerce sobre el alma
 la dulce tiranía
 que ejerce siempre la mujer hermosa.
 ¡Ah... si el traje de lana
 en que aprisiona sus contornos bellos
 fuera de rica seda,
 y en vez de frescas rosas y fragantes
 ciñera á sus cabellos
 espléndida diadema de brillantes!
 Porque el traje es el todo
 en la vida falaz de las mujeres,
 que suelen traducir del mismo modo
 dolores y placeres;
 deciden ir de baile, traje nuevo:
 se casan, otro traje;
 pierden á su marido,
 vestido; con puntilla ó con encaje;
 vestido, es de rigor, siempre vestido.
 La niña es hechicera;
 encantadora es, parece honrada;
 mas sólo es posadera,
 no dama encopetada,
 flor de estufa que crece entre cristales,
 del aquilon guardada,
 sino rosa del valle perfumada,
 que nace, vive y muere entre zarzales.
 Oh! si fuera condesa,
 ó marquesa ó duquesa!..
 ó princesa, que es más: ¿por qué motivo
 no he de ver en mi mesa,
 sentada al lado mio una princesa?..
 Tengo sueño, y advierto
 que estoy al fin rendido:
 pensando en la mujer y en la hermosura,
 ¿quién no sueña despierto?...
 ¿quién no vive dormido?...

ESCENA XIV

El VIAJERO y la POSADERA.

Pos. Los limones y el champagne.
 VIA. ¿Viene el diccionario?
 Pos. Sí.
 VIA. Aquí está el secreto, aquí.
 Pos. Mirad que enganchando están.
 VIA. "Poliarca, Polifilia, (Hojea el diccionario.)
 Policarpo," planta de
 la familia"... Y á mí ¿qué
 me importa de esa familia?
 Tengo sueño. . (Deja caer el diccionario.)

Pos. ¡Habeis perdido
 tanto tiempo inútilmente!
 Y este caso es bien frecuente
 por desgracia. Se ha dormido.
 ¡Pobre! Justo es que me asombre
 al mirarle tan postrado:
 nunca hubiera imaginado
 que se durmiera este hombre.

VIA. (Sofando.)
 Princesa, en tus redes presa
 mi alma te adora constante;
 el primer trono vacante,
 será para tí, princesa,
 Tendrás coches y caballos,
 y valerosas legiones,
 y seguirán tus pendones
 vasallos, muchos vasallos.
 La historia, el génio, la fama
 te aclamarán donde quiera...

(Despierto). Posadera! ¡Posadera!
 Mi cama... pronto... mi cama.
 Pos. Dormid... sí... tomad aliento
 para proseguir el viaje;
 soñad que sois personaje,
 que teneis mucho talento,
 que os persiguen las hermosas,
 que las soleis desdeñar...

VIA. No hay tiempo para soñar
 esa multitud de cosas.

(Vase la Posadera).

ESCENA XV.

EL VIAJERO.

Dormid, soñad, se dice fácilmente,
 y luego conseguirlo cuesta tanto!
 Vamos á ver la cama... (La examina.)
 ¿Por qué cama se llama
 si es tumba, ¡vive Dios!, de cal y canto?
 Yo no soy exigente,
 mas no podré dormir de esta manera,
 con una sóla almohada... ¡Posadera!
 ¿Qué ropa! ¡qué hospedaje!
 En estas condiciones,
 ¿quién no quisiera interrumpir su viaje?
 Si fuesen menos malos los mesones,
 si hubiera un mayoral menos celoso,
 menos fiero y tirano,
 que siempre reló en mano
 no tasara los ratos de reposo!..
 Si fuese menos áspero el camino,
 más cortas las jornadas
 y largas y frecuentes las paradas,
 aunque llegase tarde á mi destino,
 pudiera con acento lisonjero
 recordar mi existencia de viajero.
 La rapidez del viaje que llevamos

no permite apreciar la galanura
del país que cruzamos;
ni admirar de los campos la verdura;
ni guardar un recuerdo, ni un detalle
de monte, de ciudad, río, ni valle.
Al entrar en un pueblo, vocinglero
festeja el campanario
la reciente llegada del viajero,
y con tono distinto y rostro vario
le saludan las gentes,
ó le miran pasar indiferentes.
Salen á las ventanas
hermosas y bizarras aldeanas,
que con desden profundo
miran pasar de largo al caminante,
como mira él también lo que atrás deja,
pues siempre lo importante
es saber lo que habrá más adelante.
En diversos paisajes,
preséntanse otros nuevos personajes,
sin que decirse pueda,
al notar su sonrisa maliciosa,
si es feliz el que vá ó el que se queda.
Sólo á vuestra partida,
que no suscita ni placer ni duelo,
grabada sobre el suelo
una huella dejais inadvertida,
pues nadie ha de cuidar de conservarla
y el que viene detrás ha de borrarla.
Aunque al cruzar la tierra con pié incierto,
tampoco es maravilla
que rápida conduzca la semilla
el céfiro al desierto,
y crezca en campo raso,
dejando así memoria de su paso.
—A dormir... ¿Y mi gorro de franela?
Cómo podré dormir si no le tengo?...
Y si he de estar en vela,
¿por qué en esta posada me detengo?

ESCENA XVI

VIAJERO, MAYORAL y POSADERA. (Se oyen los chasquidos
del látigo del Mayoral.)

MAY. Al coche que hay que marchar.
VIAJ. Y mi almuerzo?
MAY. Qué me importa?
VIAJ. No he podido descansar.
Es la parada tan corta!
MAY. Si se supiera emplear!
(Entran varios viajeros y se aprovechan de la cama y
comida, uno hojea el diccionario, otro escribe, etc.)
VIAJ. Qué géneos tan encogidos!
Después iré.
MAY. No hay después.
VIAJ. (A los viajeros.) Señores, fuera cumplidos.

Pero esta posada, es
una cueva de bandidos!
Eso es mio!

MAY. Suyo!
VIA. Atrás!
Es preciso respetarlo.
No han de cojerlo jamás.
MAY. Quien no sabe aprovecharlo
se lo deja á los demás.
VIA. ¿Por ventura me he de ir
sin saber quién es el dueño,
sin la flor, sin conseguir (A la Posadera)
vuestro amor, sin concluir
los versos, con hambre y sueño?
Pos. No os traje el libro? ¿No está
la comida preparada?...
¿Quién más que yo os amaré?
VIA. ¿Y la rosa?
Pos. Vuestra es ya. (Se la entrega.)
VIA. Pero mística y deshojada!...
Pos. Comprendereis, si sois cuerdo,
por qué á daros no me obligo
más que *la flor del recuerdo*...
VIA. Cuando todo lo consigo
es cuando todo lo pierdo!...
Policarpo!... Le he de hablar!...
Pos. Todos le suelen llamar
al ver que en vano sostienen
esta lucha...
MAY. Hay que dejar
hueco para los que vienen.
VIA. Y la cuenta? Aunque el coraje
mi malestar acrecienta,
quiero pagar mi hospedaje.
MAY. Cuando termineis el viaje
os ajustarán la cuenta.
VIA. Poco gasto habré causado,
pues ni comer he podido,
ni descansar he logrado...
MAY. Por eso sereis juzgado
deudor de tiempo perdido.

Tal es el hombre en la vida;
pierde el tiempo en la posada,
y loco y frívolo olvida
que no dista la partida
ni un punto de la llegada.

J. UGARTE.—F. SUAREZ SACRISTAN.

EL FAROL NÚMERO CATORCE

I

Caminaba á su ocaso el mes de Octubre de 1871. Eran las diez y media de la noche, sobre poco más ó ménos, cuando aburrido de oír por la centésima vez *El Molinero de Subiza*, salí del teatro de la Zarzuela y me dirigí maquinalmente hácia el Prado por la calle de la Greda.

El otoño, esa estacion privilegiada de la villa del oso, se portaba todavía como un caballero, y la noche á que aludimos era una de esas magníficas y serenas en las que todavía no deja el frío sentir sus rigores, y en las que la luna, limpia de nubarrones que oculten su belleza, exparce risueña sus flecos de plata, bañando con ellos la cobriza superficie de este pícaro mundo.

Sin darme cuenta de lo que hacia, y despues de haber recorrido todo entero el vasto salon, sentéme por fin fatigado en una silla frente á uno de los faroles apagados. Solo, sin ningun objeto que fatigára mi vista, mi imaginacion erraba de una á otra idea, de uno á otro recuerdo. Pasó así un rato, y en uno de los movimientos de rotacion que efectuaban mis ojos, con perdon sea dicho por lo atrevidillo de la figura, fijé mi vista en el farol y pensé en voz alta:

—Si este farol pudiera hablar, qué de cosas no me contaría.

—Y si hablára,—me contestó una voz que parecia salir de una chimenea.

Volví la cabeza creyendo que tal vez alguno de mis amigos se me habia acercado sin que lo notase, y habia oido mi pregunta, respondiéndome en broma; pero cuál no seria mi sorpresa al ver que ningun sér humano me rodeaba, y que á no dudar era el farol en persona el que me contestaba. Quise cerciorarme, y cuando despues de convencerme de que no habia nadie, iba á alejarme por si acaso, de nuevo me detuvo la voz.

—Te admiras de que yo hable,—me dijo,—y lo encuentro muy natural; porque no es lógico que un objeto pueda expresarse y comunicar sus sentimientos, pero esta vez, y sólo ésta por un milagro que permite quien puede, voy á satisfacer tu deseo durante una hora.

Quedéme estupefacto con su respuesta, y aunque con cierta escama de ser víctima de algun guason, me dispuse á oír las confianzas del canuto de bronce, sin más que con el objeto de contárselas á Vds.; hélas aquí:

—Aquí dondeme ves,—me dijo,—tan pacífico y tranquilo, he sido en mis primeros tiempos el más

valiente y alborotador guerrero que se ha conocido, y por mi boca ha salido más fuego que por la de un volcan. Cuando los españoles dísteis á los moritos de Marruecos aquella tan soberana leccion, los ingleses, que miraban con cierta repugnancia el que os apoderáseis de la costa de Africa, me fundieron en su país y me regalaron por bajo de cuerda á los hijos de Mahoma con el plausible objeto de que os hiciera el mayor daño posible.

Confieso humildemente que traté de cumplir en conciencia mi cometido, pero tus paisanos, que tienen unas agallas que ya ya, un dia, sin que supiera cómo, me cogieron poco ménos que en brazos, me robaron y me depositaron en un almacén con otros muchos compañeros, reduciéndome al más absoluto silencio.

Lloré largo tiempo mi cautividad, que no sé lo que hubiera durado si un sér humano y compasivo no me hubiere sustraído una noche al desembarcar en Málaga, llevado sin ruido y con el mayor cuidado (andaba de puntillas) á casa de un almacenista de hierro, que le dió por mí ¡¡¡oh vergüenza!!! Cincuenta y cuatro reales.

Un mes despues, y en una remesa que envió á Madrid mi amo, vine, disfrazado en pedacitos, á parar á la fundicion de un señor que supe se llamaba Bonaplata. Lo que allí sufrí hasta que me dieron la forma que ahora tengo, es indecible; pero como todo en el mundo tiene su término, salí por fin y me destinaron á dar luz y apoyo á los que frecuentan este magnífico paseo.

Mas de uno antes que tú se habrá preguntado lo mismo que ahora tú me acabas de preguntar, y todos hasta hoy se han quedado con la curiosidad.

Antes de empezar mi relato voy, para que te sea más comprensible, á dividirle en tres partes subdivisibles que llevarán por título respectivamente: "los políticos, los desocupados y los amantes," y al hacerlo así, es sólo porque reuniendo á todos, haria un batiburrillo que ni me entenderías ni me dejaría hablar claramente de ninguno de ellos.

Escucha, pues empiezo:

Políticos ministeriales.

Estos vienen á primera hora, recién acabada la sesion; en su semblante conozco los grados de estabilidad á que se encuentra su ídolo, y su conversacion se subordina á su estado interior, y tanto rabian y patalean como están de broma y proyectando comidas. A propósito de las comidas, quisiera hacerte una pregunta:—¿es acaso una enfermedad inherente al poder, el tener hambre canina, ó es que los políticos en España sólo comen cuando mandan?

—Algo hay de eso, contesté sonriendo, y me

acordaba de un amigo mio que, segun decia, sólo comia un día sí y otro no, cuando estaba cesante, para poder conservar el estómago limpio hasta el día de la reparacion.

—Pues bien,—prosiguió el narrador,—como sería muy prolijo enumerar una por una las conversaciones de esos señores, voy, por vía de muestra, á contarte la última que oí hace pocos días á dos señorones que, á juzgar por el frac, debian ser, por lo ménos, bajás de tres colas.

—Todo camina viento en popa,—decia el primero;—ya no podrán decir los españoles que aquí no hay Rey ni Roque; pues Rey y Roque ya tienen y algo mejores que se lo merecen.

—Sí; no lo niego, mi general,—contestó el segundo;—pero la Hacienda, si el nuevo empréstito no responde á nuestros cálculos, se nos viene encima, y lo peor es que á todos nos cojerá debajo.

—¿Debajo, y cómo?

—Cayendo encima. Pero no tema usted,—añadió dejando su tono tétrico,—porque si el caso se pone apuradillo, aún tengo algunos millones bien guardaditos de que echar mano.

—¿Y para qué los guarda usted?—replicó el primero.

—Usted se olvida de las elecciones,—dijo ya sério el segundo.

—Es cierto. Pero, ¿y el país que se vá á hundir con tanta deuda?

—Qué se hunda; peor sería si nos hundiéramos nosotros. Al que chille, palo. Y sacando un habano que estaba á la legua oliendo á *regalía*, lo encendió, se levantó, cogió del brazo á su compañero, que le habia imitado, y se alejaron de mí, murmurando: el orden es la base de todas libertades. No sé si sería broma, pero ellos se reian al decirlo. Yo nunca he comprendido lo que es el orden, porque si veinte veces lo he oido definir, veinte definiciones diferentes he oido.

El mismo día, y pocos momentos despues, se paraban otros dos á mi lado.

Políticos de oposicion.

Hablaban de lo mismo que los anteriores, y regularmente, venian del mismo sitio.

—Esto se hunde, D. Manuel,—decia el que parecia acompañar al otro, y no sé cómo los españoles tienen paciencia, pues aquí no hay Rey ni Roque y algo más merecia la revolucion.

—El nuevo empréstito no se cubrirá, y entonces todo se vendrá abajo; el caso es estar á tiempo para cojer lo que se pueda.

—¿Si siquiera hiciésemos las elecciones!—decia el primero:—si se nos llamase antes de la convocatoria!

—No nos llamarán: pero si nos llamaran, ya veria este pobre país cuánto valíamos.

—La verdad es que á nosotros nos quieren tan poco como á los que están ahora.

—El país toma lo que se le dá, y si no lo toma lo traga. Además, con nosotros el orden, que hoy está tan comprometido sería una verdad, y pronto se olvidarian de que nunca hemos hecho nada de provecho. En último caso, con cuatro tiros..... y se alejaron sin que pudiera oír más. Dichoso país, pensé, que sólo obedeces á palos y á tiros; más valía que en vez de vociferar inútilmente, aprendieras á conocer á tus gobernantes, siquiera fuese para darles las gracias por sus buenas intenciones.

Casi detrás de los que acababan de pasar, venian otros dos, que por sus trazas no debian venir del Congreso, como los anteriores.

Políticos desheredados.

—Esos son nuestros,—decia uno de ellos, señalando á los que acababan de pasar,—tarde ó temprano se unirán á nuestras filas.

—Si antes no los llaman al poder,—dijo el otro.

—Tanto peor para ellos, porque así salvarian sus cabezas,—replicó el primero.—El pueblo está sediento de justicia y hasta que no la tenga no podrá ser feliz. En España, hasta que no se acabe la costumbre de vivir á costa del presupuesto, no podrá haber hombres ni ideas. Yo, como sabes, me reservo para el día del triunfo la cartera de Hacienda, y así honradamente, en un par de años me redondeo.

—No te olvides de mí.

—No temas, cumpliré mi palabra; si para el día en que venzamos sabes leer, te nombraré director del Tesoro.

—Lo de leer es lo de ménos, porque el ciudadano Trompa, vice-presidente de nuestro club, sabes que ha presentado un gran proyecto de instruccion pública, y se propone ser director general, sin embargo de no saber ni leer ni escribir; para escribir los escribientes sobran; el caso es saber firmar. Pero, ¿y si no vencemos?

—A tiros siempre se vence.

Y se alejaron arreglando el país á su manera. Debian ser vendedores de petróleo, porque olian que apestaban.

Un poco más tarde que los políticos, y á la hora en que los carruajes cruzan de uno á otro lado, suelen venir los segundos de que te he prometido hablar. Estos se sientan en corro, y con su lengua cortan y bordan vidas ajenas, sin respetar sexo, edad ni estado. Mil veces he tenido intenciones de romper contra sus narices el cristal que corona mi

cabeza, y á no ser porque me es muy dolorosa la operacion de colocar otro, alguno hubiera ya purgado su mala lengua.

Vaya un ejemplo de su conversacion.

Los sietemesinos.

—¿Qué tal vá, Antoñito?—dice uno que llega á otro ya sentado.

—Mal,—responde el aludido:—no sé cómo no me he muerto con el disgusto que me ha dado Caracuel; ¿no ves qué pantalon con tan poco vuelo? Parezo un señorito de pueblo.

—¿Pues y mis cuellos?—dice el anterior señalando las exageradas puntas del suyo,—no parece sino que les faltaba tela. Chico, esta vida no es para llegar á viejos, y si no fuera por el amor, mil veces nos pegaríamos un tiro.

—Soy de tu opinion.—Pero calla, que aquí tenemos á Pepe y Fernando que se las echan de despreocupados, y se reirian de nosotros si nos oyesen.

Los maldicientes.

—De dónde venís, pícaros,—dice el primero de nuestros personajes.

—Es un misterio,—replica Pepe, pero os lo contaré á vosotros. De este modo,—dice aparte á su compañero,—lo sabrá todo el mundo y me pagará su desdenes la condesa. ¿Os acordáis de las decantadas virtudes de la condesa A?... Pues bien: ese monumento de pureza se ha venido al suelo sólo en un mes que he estado haciéndola la córte: y lo que es más, ha tenido el cinismo, en una entrevista de más de dos horas que hemos tenido hoy, de confesarme que soy su quinto amante; por lo cual he decidido no volverla á mirar á la cara.

—¿Quién lo creyera en la condesa!—añadió Antoñito con cara admirada; —yo, por mi parte, me alegro de tu aventura, porque era tal el orgullo de esa mujer, que no se podia tomar uno ninguna libertad con ella. Vaya, quedáos con Dios; yo me voy con éste á comer y luego os veré en el club; adios:—y se alejaron Antoñito y su amigo.

Quedaron junto á mí los de la historia, gozándose del efecto que en los salones produciría su calumnia, y cuando se alejaron, despues de haber insultado á cuantas señoras veian pasar, uno que estaba cerca de ellos con otro amigo, dijo señalándolos:

—¿Sabes quiénes son esos que tan infamemente hablan? Pues uno es hijo de un fundador de sociedades de crédito, y el otro de un falsificador enriquecido; ambos están siempre en berlina gracias á los cuidados de sus respectivas mujeres.

Y así sucesivamente, oí á los unos de los otros cosas suficientes para que todos estuvieran en presidio.

Más me entretendria sobre este asunto, si no faltase el más interesante y sólo poco tiempo para acabar de hablar; *Los amantes* para mayor brevedad, suprimiremos en esto la parte dialogada.

Amantes oficiales.

Estos se sientan, suspiran, se tocan la mano con precaucion y disimulo (todo el mundo lo vé), y á cierta hora toman el camino de casa, seguidos del Argos de la mamá que no vé gota. Si de animales se tratara, y Dios me libre de que parezca alusion, diríamos que esta especie es completamente inofensiva, que atiende á razones y que se ven en ella signos que revelan alguna inteligencia. ¡Pobrecillos! La vicaría les sea ligera.

Los amantes de contrabando.

Estos no tienen ligeros más que los piés y apenas se les descubre más de un ojo; casi siempre hablan en voz baja y sólo se acercan á mi cuando estoy apagado. Cuando alguna vez les he visto reñir, me ha llamado la atencion que siempre ella llora y él se rie, y te ruego que no lo cuentes á las mujeres, para que aprendan que ni aún satisfaciendo deseos criminales pueden alcanzar una ficticia felicidad.

Sólo me resta ya hablarte de uno que yo llamo.

Caballería lijera.

Estos son más dignos de lástima que ninguno. Yo, delante de mí, aún estando alumbrando he visto....

Pero la voz del farol se ahogó en el conducto de bronce, y por más que le interpele no me contestó; habia pasado la hora.

Quedéme pensativo y cabizbajo con las confianzas del farol y empecé á resumir.

De tres cosas me habia hablado aquel sér inanimado, y sólo habia aprendido tres verdades que no me edificaron por su consecuencia. Habia sabido que en política todos los partidos sólo pensaban en mandar y en mandar á tiros, que nuestros hombres futuros tenian por cuestion de vida ó muerte el que los pantalones ó los cuellos estuvieran mejor ó peor hechos y por entretenimiento el difamar ó calumniar, y que dentro del amor esa dulce joya del alma, ese rocío bienhechor de la flor de nuestra existencia, era sólo tontería, vicio ó abyeccion.

Ya comenzaba á desesperarme con tales ideas, pero una nueva vino á consolarme por completo el que en España, en mi querido país, habia honrosísimas excepciones, y que tal vez el farol sólo habia visto la escoria que siempre flota aun sobre el más puro metal. Aun cuando desgraciadamente me engañase, tal era mi creencia.

Sólo si deseo, que si alguna vez vuelvo á interpelar al farol y le es dado contestarme, me confirme en el pensamiento que ahora tengo y pueda pintar á mis ojos, tanto en política, como en juventud y sentimientos, un cuadro más consolador que el que, abusando de su paciencia, acabo de presentar á mis lectores.

LUIS DE SANTA ANA.

BIBLIOGRAFIA.

Orlando furioso, poema escrito en italiano por Luis Ariosto y traducido al español en octavas reales por Vicente de Medina y Hernandez.—Acaban de publicarse los cuadernos 3.º y 4.º de esta obra, de la cual ya hemos dado cuenta á nuestros lectores.—Dos cuadernos en fólío ménor, de 80 páginas.—Barcelona 1878.—Salvador Manero, editor. Precio de cada cuaderno en toda España, 2 pesetas.

* * *

El centenario de Voltaire, cartas dirigidas á los señores Concejales de París por Monseñor Dupanloup.—*Segunda serie*.—Un folleto en 8.º de 67 páginas.—*Tercera y última serie*.—Un folleto en 8.º de 64 páginas.—Barcelona 1878.—Espasa

hermanos, editores.—La obra completa se vende á 6 reales.

* * *

Estudios orientales.—*El catolicismo antes del Cristo*, por el vizconde de Torres-Solanot.

Se ha publicado la sétima edición de esta obra en un tomo de 400 páginas en 8.º, y se vende á 12 reales en las principales librerías y en casa del autor, Almagro, 8.

* * *

Dramas del Nuevo Mundo.—*Pieles rojas y pieles blancas*, por E. Chevalier, arreglada por Telesforo Corada: un tomo en 8.º de 203 páginas.—Barcelona, 1878.—Salvador Manero editor.—Precio una peseta.

* * *

El becerro de oro.—*Coqueteria y coquetismo*, por Maria del Pilar Sinués.—Un tomo en 8.º mayor de 238 páginas.—Barcelona, 1878.—Salvador Manero, editor.—Precio 2 pesetas.—Los pedidos al editor.

* * *

Las dos bellezas, drama en un acto y en verso por D. Leopoldo Parejo y Reina.—Un cuaderno en 8.º mayor, de 29 páginas.—Madrid, 1878.—Alonso Gullon, editor.

FIN DEL TOMO UNDÉCIMO.